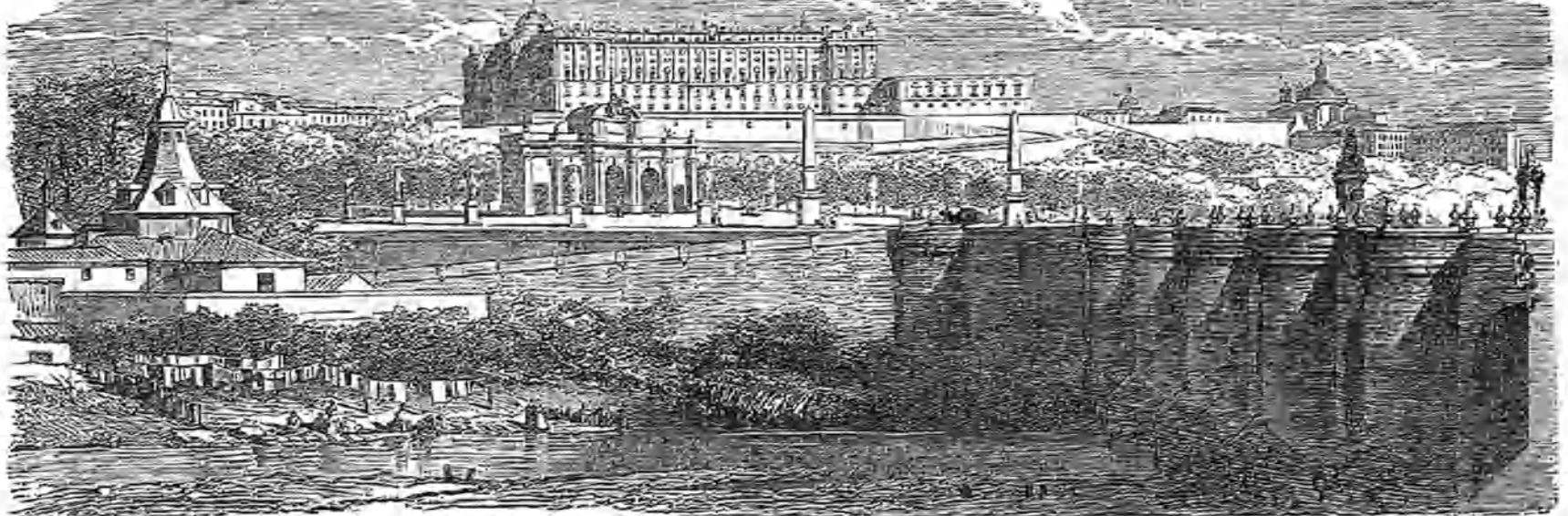


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO L

MADRID, 12 DE FEBRERO DE 1870.

NÚM. 3.º

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernández Flórez.—Recuerdos de una Semana Santa en Roma, por D. Emilio Castelar.—Labradoras del Valle de Ambias (tipos de Avila), por E.—D. Blas de Villate y Lahera, Conde de Valmaseda, por don P. de Lánglesia.—El Rey don Jaime y el Obispo de Gerona, por D. Victor Balaguer.—El Niño menesteroso, por D. Roberto Robert.—La casa de los señores de Castriñ en Granada, por D. Manuel de Góngora.—Muerte por decapitación, parte primera, por el doctor D. Pedro Mata.—Galas de Madrid. *Un drama oculto de Lope* (conclusión), por don Antonio Hurtado.—Antigüedades prehistóricas. Carta segunda acerca de algunos descubrimientos, por D. Manuel de Góngora.—El general Puello, por D. F. de Lánglesia.—El capital y el trabajo (continuación) por D. Luis de Equiz.—Una calle de Toledo, por D. G. Becquer.—Naufragio de un falucho de pescadores en las costas de Benidorm.—El lago de los patinadores en el Buen Retiro, hoy Parque de Madrid, por D. R. C.—Cartones de Goya sustraídos del palacio de Madrid.—La tumba y la rosa (poesía) de D. R. Satorres.—Interrupción de la línea férrea del Norte causada por las nieves entre Naval-Grande y Avila.

GRABADOS.—D. Blas de Villate y Lahera, conde de Valmaseda, dibujo de D. José Vallejo.—Labradoras del valle de Ambias, de D. Valeriano Becquer.—Casa de los señores de Castriñ en Granada, del mismo.—Naufragio de un falucho de pescadores, de D. R. Monleón.—Interrupción de la línea férrea del Norte, de D. B. Rico.—El general Puello, de D. José Vallejo.—El lago de los patinadores, de D. Valeriano Becquer.—Una calle de la ciudad de Toledo, del mismo.—Tapices de Goya, de D. José Vallejo.—Objetos prehistóricos.—Jeroglífico.

ECOS.

La ciencia se encuentra ocupada hoy en la solución de un problema trascendental planteado en la guillotina.

Trátase de saber si la cabeza de un hombre decapitado vive durante un espacio más ó ménos largo de tiempo. Trátase de saber si Troppmann, como Carlos V,

ha tenido el triste privilegio de asistir á sus propios funerales.

En el presente número de LA ILUSTRACION DE MADRID exclarece esta cuestión un distinguido hombre de ciencia. En cuanto á mí, que juzgo tan sólo con el criterio del sentimiento, creo que la única solución de este problema es... la supresión de la guillotina.

El siglo XIX es el siglo de la electricidad. Este fluido amenaza sustituir á todas las fuerzas físicas, y dejar al hombre tan inactivo como un dependiente de policía urbana.

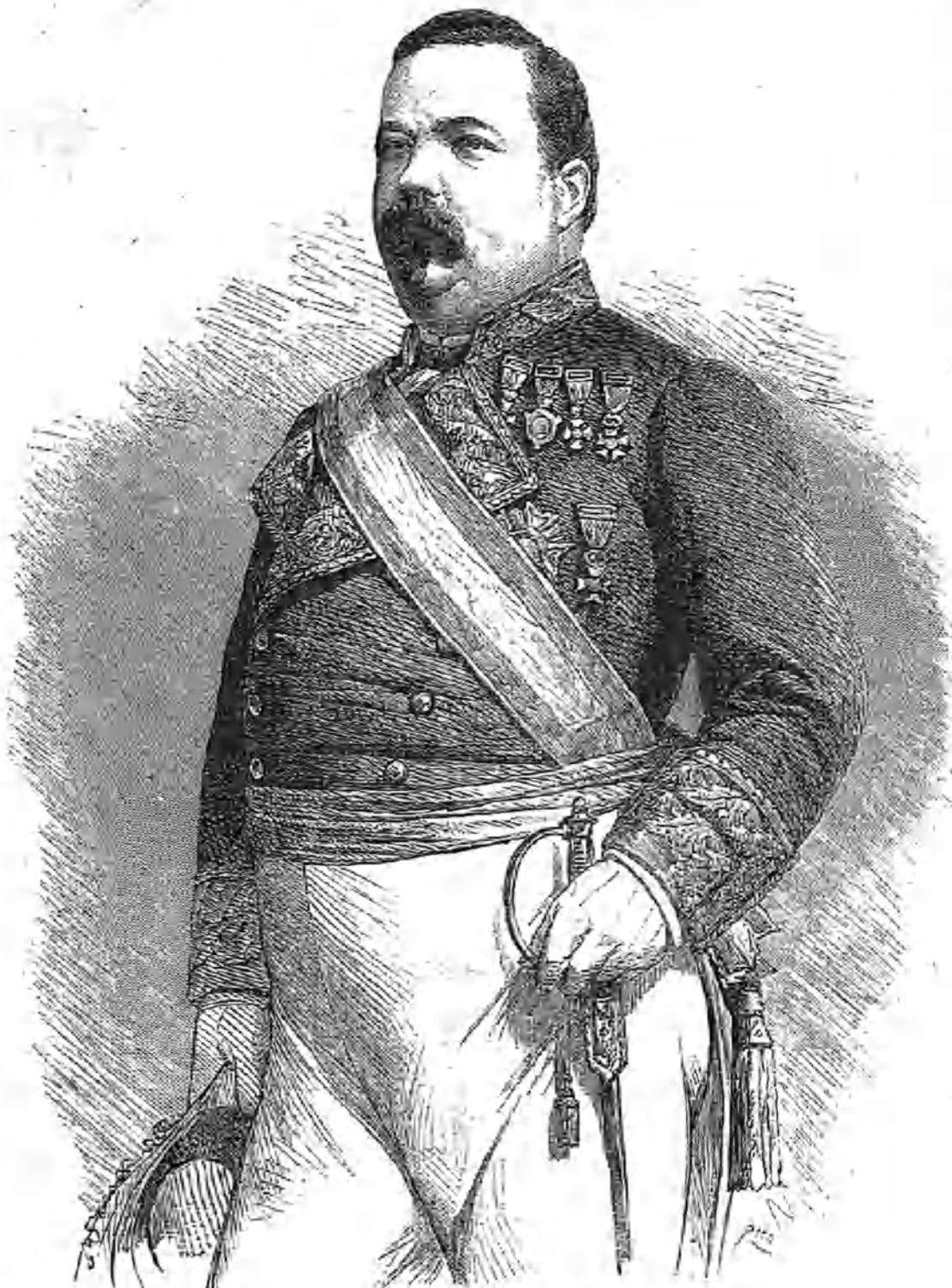
La electricidad hace la luz, y trasmite la palabra; dibuja, teje, marca la hora, tira de las campanillas, imprime un libro y lo escribe quizás, y desempeña otros muchos oficios más ó ménos artísticos, industriales ó literarios.

En la interminable serie de descubrimientos que cuenta la historia de la electricidad, figurará siempre honrosamente el que acaba de hacer un comerciante de condonaciones de París. Ha inventado cintas, cruces y placas de vidrio hueco y esmaltado, que se iluminan instantáneamente por medio de un microscópico aparato eléctrico.

Tomemos, pues, en campaña un tipo más.

El de hombre ilustre ilustrado á su resaca.

Como en todos los inventos de un mismo género hay siempre cierto parecido de



DON BLAS DE VILLATE Y LAHERA, CONDE DE VALMASEDA.

familia, yo creo reconocer á los abuelos de aquel *luminoso* descubrimiento.

¿Quién no ha visto en Madrid hace dos años, sobre todo en las noches oscuras y á horas avanzadas, un bulto que parecía desprenderse del quieto de alguna puerta y que avanzaba hácia el transeunte *mirándola* con un ojo enorme, cantellante y terrible?

..... Acercábase el bulto y... no era un espectro; era un agente de la autoridad que llevaba una linterna á modo de broche luminoso en el cinto. Aquel cristal que brillaba en su vientro y que le daba el aspecto de un cosmorama ambulante, era una verdadera *condecoracion luminosa*; representaba, digámoslo así, el ojo de la justicia, que registra entre las tinieblas de la noche el corazón de los criminales.

Examínese el *distintivo* nocturno de aquellos dependientes de orden público, compárese con el invento de las *condecoraciones luminosas*, y estoy seguro que de este paralelo resultará algo que debe halagar nuestro orgullo pátrio: la evidencia de que hemos precedido á los franceses en la invencion de las *condecoraciones luminosas*.

~

Figúrense Vds. por un momento que D. Ramon de la Cruz se levanta del polvo en que yace y que con su sombrero de picos, un capotillo de casimir, sus medias de saten, sus esarpines de hebilla y su aficion á las mazuelas y á los chisperos, se entra campaneando y triunfante por el campo de sus glorias literarias en busca de los tipos originales de sus sainetes.

¡Pobre D. Ramon! ¿Qué asombro el suyo al encontrarse con un Madrid recién fabricado, al ver á su antiguo Madrid *esuelto á perder* por la civilizacion!

Paréceme que veo á nuestro insigne ingenio, en la más cómica de todas las situaciones, mirar á un lado y á otro y dar á correr, espantado de lo que ve y de lo que oye...

Pero hé aquí á nuestro D. Ramon que llega desalado á las Vistillas, siempre en busca de la gente de su siglo, y...

¡Alto; exclama, gracias á Dios que estoy entre los míos! ¡Este es mi Madrid, el Madrid de 1790! ¡Es él! ¡No puedo dudar! ¡Me acaban de saltar un ojo de una soberbia pedrada!

Por desgracia lo que pudiera pasarle á D. Ramon de la Cruz, si volviera al mundo, le pasa á cualquier prójimo que se dá una vuelta por las tardes hácia las Vistillas; monumento imperecedero que atestigua la heroica resistencia que los chicos de aquel barrio oponen á los progresos de la civilizacion moderna.

~

En la administracion italiana se ha efectuado una gran reforma, que considero oportuno poner en conocimiento de los empleados públicos de España.

Se han colocado en las oficinas unos relojes de nueva invencion, los cuales tienen la deplorable habilidad de marcar las horas en que los funcionarios funcionan, y las en que, faltado á sus deberes, se entregan á los corruptores halagos del ocio.

El reloj es el compañero del hombre. Lleva la contabilidad de su vida, suma y resta su existencia, le conduce con paso rápido á la juventud, le advierte su fin en la vejez, y es, por último, con su eco vibrante y tenaz, como el paso de la vida que huye para siempre.

Y, ¡ah! ¡cruel! ¡No le bastaba dar todos estos disgustos al hombre, sino que habla de entrar en las oficinas públicas y marear allí con signos de infamia la sublime pereza de los empleados! ¡Veámoslos entrar en sus oficinas y dirigir una mirada de terror á la fatal esfera! ¡Veámoslos enrojecerse de indignacion y de vergüenza ante aquel agente de policia con péndola! ¡Horrible maquiavelismo!

~

Al mismo tiempo que me enseñaron un duro de los nuevos, me dijeron que corrían ya otros falsos.

Esto se llama actividad en el delito.

Si las autoridades imitan el celo de los falsificadores y dan con ellos, recomiendo á los tribunales que consideren como circunstancia atenuante el haberse hecho los duros falsos casi al mismo tiempo que los legítimos, y aprecien el acto como lo que es: como fruto únicamente de una lamentable *ligereza*.

~

El 20 empezarán en el Parque de Madrid las carreras de velocípedos, cuyos productos se destinan en parte á los establecimientos de beneficencia.

Paréceme digno de elogio la inversion de los productos, caso de haberlos.

Sin embargo: si en estas carreras *velocipedicas* los *juetes* sufren tantos desperfectos físicos como en otra que presencié yo no há mucho tiempo, de fijo que los hospitales y las casas de socorro salen perjudicados.

Pero no será así; que yo tengo noticia de que los protagonistas de aquella fiesta saben montar sobre una rueda con mayor rapidez y gentileza que la misma diosa de la fortuna sobre su mitológico velocípedo.

~

También con un objeto filantrópico tendrá lugar el 18 del corriente en el teatro Nacional de la Opera un gran baile de máscara.

Dá este baile el Ayuntamiento, y el beneficio será para las casas de socorro y asilos de San Bernardino.

Me presumo que la concurrencia será inmensa. ¡Y cómo no! El escritor, el artista, el empleado, el comerciante, el obrero, todos se quejan de la actual postracion de sus profesiones, artes y oficios; todos anguran que si estos tiempos no son buenos, han de venir otros peores; todos, en fin, disgustados del presente, piensan ya en el porvenir. Y el porvenir de España es constituirse en un gran establecimiento de hombres desocupados bajo la paternal advocacion de San Bernardino. Así, pues, reitero mi afirmacion de que la concurrencia será muy numerosa. Es necesario contribuir á la prosperidad de ese asilo; es preciso pensar seriamente en el día de mañana.

¡Ánimo, jóvenes de ambos sexos que aún conservais humor para dibujar con las piernas los areolos de nunsals ó las incorrectas líneas de unas habaneras! ¡Á bailar, é inspiraos sus piruetas más filantrópicas el génio de la beneficencia!

~

En Constantinopla se ha nombrado agentes de policia á tres mujeres.

Veo que el Sultán es hombre que lo entiende.

Si la mujer sólo por matar el tiempo entretiene su vida fiscalizando las ajenas, ¿qué no hará cuando se ponga á corromper de oficio!

Pero quizás la Sublime Puerta tenga motivos de arrepentirse dentro de algun tiempo de los nombramientos en cuestion. Ya me parece que leo en el *Diario de Constantinopla* la siguiente ó parecida noticia:

«*Caso inculcado*.—Se confirma el hecho de haberse fugado un agente de policia con un *bajá* de varias colas. Dicese que el agente llevaba una orden de prision contra aquel personaje; pero que impresionado por la hermosa presencia del *bajá*, no tuvo valor para resistir á una proposicion de matrimonio que le fué dirigida...

Y en esos parecidos *qué* agente de policia con faldas tiene valor para decirle á un *bajá*: *Bres túras y no te erro?*

~

El cuerpo coreográfico contratado por el Sr. Rivas en París es algo más que un *clen pés*; es un cuerpo de ciento setenta pantorrillas: todo un almacén de medias, toda una fabrica de zapatos blancos, un océano de tal y una primavera de flores y ojas de papel y tela pintados.

Seguro estoy que el público llenará el Curco de Reculetos cuantas noches haya en él una exposicion de piernas tan brillantes.

Y también estoy seguro de que no irá por aficion al arte... ni aún por aficion á las artistas.

Irá... espinoso es decir por qué irá; mas...

Publique Vd. un decreto mandando que las maestras de escuela expliquen á sus discípulos en traje no más largo que el de las bailarinas, y verá Vd. agolpárase el público á las puertas de los colegios.

El arte coreográfico sólo puede morir de un tijeretazo de las modistas. El día en que éstas reduzcan las proporciones del vestido del *balle-saxo* á las del tonete de una bailarina, el Sr. Rivas se declara en quiebra.

Una leccion: Me parece que este *leco* viene en traje muy corto.

Tú lector: Es un asunto de poca tela.

~

Un acontecimiento. La Academia de la lengua publicará en breve un *Diccionario de la Rima*.

Estos depósitos de géneros poéticos, son muy útiles. No todos nacen Calderones. Bueno es que el empleado y el tendero, que acostumbra á solemnizar los días de sus señoras con algun *ovillo*, tengan un sitio de confianza donde surtirse de *consonantes*.

ISIDORO FERNANDEZ FLORES.

RECUERDOS

DE UNA SEMANA SANTA EN ROMA.

Estamos en Civita-Vecchia. Cuando el bote se aproxima rápidamente á tierra, el corazón os salta en el pecho de entusiasmo. Los edificios que os rodean ya os hablan de la majestad romana y de la elegancia griega. Teneis tentaciones de recitar los versos que Virgilio puso en boca de los compañeros de Eneas. La vista de Italia deja en vuestro pensamiento una estela más profunda que la quilla de la barca en el mar. Cuando atracáis á tierra, os falta tiempo para saltar. Si nuestro siglo no estuviera réido con la manifestacion aparatosa de los grandes sentimientos, postraríame de hinojos sobre el suelo para besarle, *Italiam, Italiam: primus conchusum Achates*. Pero habíame olvidado en mi entusiasmo de que esta Italia es la Italia pontificia. Un aduanero os detiene y os pide el precio de la entrada como en vil teatro. Una nube de mendigos, en cuyos rostros estatuarios ha impreso la miseria sus tristes huellas, se reparten á gritos vuestro equipaje como un botín. La policia sale á reclamaros los pasaportes, en toda Europa civilizada ya abolidos. Allí os lo vian exigiendo otra gabela, apesar de venir visados con gabela de la nunciatura de París ó del consulado de Marsella. Enseguida el equipaje entra en sordido almacén, oscuro además como un calabozo de la inquisicion; oscuridad incomprendible en esta tierra del cielo espléndido y de la luz deslumbradora, que dan á los ojos con un festín de colores una embriaguez de poesia. Por efectos usados, ó adcritos á vuestro uso, os exigen derechos de aduana.

Cuando, pagados estos derechos, ya os contais libre, veis todos los bultos arrojados á un carrito, del cual tiran varios jóvenes haraposos, sin camisa, que os gritan: á la aduana. ¿Pero otra vez! La tasa, el arancel prohibitivo, la incomunicacion con el mundo serán también de derecho divino. ¿El Papa necesitará para ejercer su autoridad sobre las conciencias apoyarse fuertemente en los errores económicos de la prohibicion y en los errores políticos del absolutismo?

Yo comparaba esta entrada en los Estados Pontificios con mi entrada en los cantones suizos. Sentimientos no ménos sublimes ciertamente os poseen al contemplar aquellos montes por pirámides de eternas nieves terminadas; aquellos bosques verdi-oscuros, á cuyos pies se extienden praderas de un verde claro, tachonadas por toda suerte de flores; aquellos lagos azules perezosamente dormidos al pie de colinas preciosísimas puestas en sus bordes como para contrastar con los nevados picos hundidos en la profundidad de los cielos; aquellos rios impetuosísimos, cuyas claras aguas se despeñan con solemne rumor; aquellas blancas aldeas habitadas por una fortísima raza, que ha logrado realizar el mayor bien posible en las sociedades humanas: la alianza de la democracia con la libertad. Nadie os perturba en la contemplacion de estas grandezas. Ningun aduanero os registra el equipaje; ningun esbirro os pregunta vuestro nombre. La libertad ha abierto al universo aquellas montañas que parecen muros impenetrables. Pero en las playas romanas, en estas playas que os llaman como sirenas, el absolutismo ha puesto una nube de alcabalerós y de espías para cerrarlas, cuando las ha abierto naturaleza, como á todos los vientos, á todas las razas.

Nada más inencomodo que el registro de los equipajes, nada más minucioso. Caen los aduaneros sobre los libros con recelo inquisitorial. Y despues que lo han removido todo, y lo han ojeado todo, entregan cada bulto á un empleado que lo conduce á la estacion, pidiéndoles de nuevo derechos cuyo importe monta á tanto como la primera contribucion de la primera aduana. ¿Hay paciencia para sufrir una administracion como ésta! ¿Es posible que en medio de Europa exista un territorio privilegiado y en él una porcion, la más augusta por sus glorias, de la familia humana, en perpétua ruina tutelada! El Espíritu Santo, que derrama sobre la cátedra de San Pedro torrentes de verdades religiosas, no querrá por misericordia concederle ni un átomo siquiera de las verdades políticas y económicas que son la honra y la riqueza de los pueblos modernos! Así es que el ánimo se aparta del lado económico y administrativo del paisaje para fijarse en el lado pintoresco. El cielo es *de espléndido azul claro*; el mar como el cielo; el aire tibio y aromático; las piedras de la costa parecen doradas y bruñidas por la luz; en los árboles azoman las tiernas hojas que abril hace brotar con sus primaverales besos; y entre corcos de alegres chíquillos medio desmudos pasan de vez en cuando algunos frailes, los cuales, con su túnica blanca y su manto de parda estamilla, me parecen evocaciones de otras edades, ruinas vivientes, paseándose, como los

hogos fúnebres por los cementerios, sobre las ruinas de piedra.

Suena la hora de partir á Roma. El tren silba. Civita-Vecchia es el puerto de los Estados Romanos. Pero ni un carro, ni un fardo, ni un trabajador, ni un barril; nada que indique la existencia del comercio, como no sea el aduanero puesto allí para impedirlo. Mucho había oído hablar sobre la tristeza del campo romano; pero nunca creí que llegase á tanto. Es la desolación de las desolaciones. Parece que la muerte se ha tragado hasta las ruinas. Los buitres y los cuervos han comido hasta los huesos de este gran cadáver. Once estaciones hay entre el mar y la Ciudad Eterna. En ninguna de ellas se ve un pueblo. Los empleados pronuncian nombres sonoros como Río Fiume ó Magliana; nombres que se pierden, vanos ecos, en la inmensidad del desierto. Extraña muchacho, muchísimo, ver que un tren se para en la soledad, sin que nadie baje ni suba, sin que nadie mire, sin que se cargue ni se descargue un fardo. A veces algunas cabañas circulares, terminadas por una cruz de palo, es todo cuanto se decora con el pomposo nombre de estación. Dirías que son tumbas de salvajes. El tren marcha proporcionalmente como una carreta. Esta lentitud es permite descubrir el inmenso horizonte; el campo desolado, pantanoso; algunas yeguas que corren, ó búfalos que se plantan como para contemplarlos; ó rarísimos pastores á caballo en jacas matalones; ó un carro sobre el cual anda tendida una familia devorada por la fiebre, y que parece reato de razas nómadas muriendo sobre aquel desierto donde yacen tantas antiguas majestades caídas y enterradas.

Los errores económicos trascienden á muchos siglos, á muchas civilizaciones. Los campos romanos, en los primeros tiempos de la República, cuando los cultivaba Cincinnato, podían llamarse los Campos Elíseos en el mundo; un semillero de riquezas, un lugar de felicidad y de abundancia. El vino, el trigo, el aceite, la miel, la leche, eran por el trabajo agrícola producidos de tal manera, que Roma se bastaba á sí misma. Pero poco á poco las grandes familias se fueron apoderando de aquellos campos antes repartidos entre muchos y por muchos trabajados. A fin de evitarse jornales, convirtieron las tierras de labor en tierras de pasto. Un esclavo les bastaba para guardar el ganado. Los viegos se suspendieron. Los canales se cegaron. Perdieronse las acequias. Las aguas se estancaron en los lugares bajos. Aquellas aguas que cuando corrían para el riago llevaban en sus corrientes la vida, comenzaron con sus emanaciones pútridas á espereír la muerte. Conquistado el mundo conocido, el pueblo romano ya no tenía la ocupación de la guerra, y había olvidado la ocupación del trabajo. De aquí el cesarismo para que lo alimentare y lo divirtiera. Del cesarismo, la muerte moral, que está en la tiranía como la muerte material en las lagunas pontinas. Con razón decía Plinio: *Latifundia Italia perditers.*

Por fin, al caer la tarde, cuando las sombras se desprendían sobre Roma, llegamos á la Ciudad Eterna; á la que nos ha dado la jurisprudencia con sus pretures, los municipios con sus procónsules, la libertad con sus tribunas, la autoridad con sus césares, la religión con sus pontífices; piedra miliaria donde están escritos los anales del género humano; tumba de la antigüedad; arco de triunfo por el cual entraron las edades modernas en la vida; templo á que han venido por espacio de quinientos siglos las generaciones estólicas á recibir la luz de su espíritu; academia en que todavía aprenden los artistas delante de cincuenta mil estatuas y de millones de columnas los secretos de la forma plástica; campo de batalla donde yacen enterrados los dioses todos de las religiones antiguas, al Panteón traídos en los carros de triunfo; desde cualquier lado que se la mire, la ciudad más augusta y más colosal de cuantas han reinado sobre la tierra; la que todavía dirige la conciencia de una parte del género humano con el prestigio de sus recuerdos, con los misterios que se levantan de sus gigantescas ruinas.

Yo no pude preservarme de un gran sentimiento de veneración hacia esta ciudad única en el mundo. Babilonia, Tiro, Jerusalem, Atenas, Alejandría, han reinado en la historia antigua; en cierto período de tiempo y en limitado espacio, realizando cada una su idea, después de la cual han desaparecido en el polvo de sus ruinas, sin dejar más que los recuerdos de su vida en la historia ó los huesos de sus cadáveres en la tierra. Paris, Londres, Nueva-York, reinarán en la historia moderna. Pero esta Roma que los antiguos llamaron la Ciudad Eterna abraza los dos hemisferios del tiempo, el mundo antiguo y el mundo moderno.

¿Qué sería de emociones reserva Roma al viajero! Por muy católico que seas, por muy vivas que en vuestra alma estén las ideas aprendidas en la primera educación;

á la vista de las estatuas del mundo antiguo, de estos faunos que sonrían con una sonrisa inmortal, de estas diosas por cuyas carnes de mármol parece que circula el calor de la vida y la sangre de una eterna juventud, delante del coro de las divinidades griegas en su inmóvil reposo, en su olímpica serenidad, en su armonía perfecta entre la forma y la idea resplandeciente de hermosura que irradian sus ojos, que se desprende de sus labios casi vibrantes aún con el himno de la poesía clásica; delante de estos muertos de piedra, más vivos y más inteligentes que los hombres de carne que hoy los guardan, sentís dolor infinito por la muerte de la religión del arte, y os dan tentaciones de pedir que se levanten de nuevo los antiguos templos y continúen los interrumpidos sacrificios para oír los cánticos de los coros, las páginas elocuentísimas de Platón, ó los acentos de la libertad de Demóstenes, en medio de aquel mundo, y bajo el número de aquellos géneos que derramaron de sus copas de ámbar sobre la tierra el lícor de una eterna alegría. Goethe sintió esta profunda emoción clásica en el Museo del Vaticano, residencia de los pontífices católicos, por un milagro del arte convertida en olimpo de los dioses paganos.

Así os sucede con el mundo cristiano. Las grandes Basílicas, apesar de su colosal majestad, os dejan fríos. Aquellos monumentos de mármol, de bronce, relucientes de oro y de pedrerías, inundados de luz, riquísimos de mosaicos y de bajos relieves, os deslumbrarán, pero no os conmueven. La frialdad del mármol llega hasta el alma. Pero cuando entráis, por ejemplo, en las catacumbas de San Clemente; cuando veis la tierra húmeda donde estuvo guardada cuatro siglos la semilla de la idea cristiana; cuando, al resplandor de una antorcha, descubrís en el subterráneo la inscripción trazada por el mártir, la pintura al fresco que parece todavía teñida de sangre, los símbolos de la esperanza en medio de los terrores de la persecución; creéis oír el himno de los catecúmenos entonado bajo los festines mismos de los césares, á la puerta del circo donde rugían las fieras que iban á devorarlo; y el sentimiento de amor inspirado por todos los grandes sacrificios viene á sobrecoeros con su misticismo sublime, y os dan tentaciones de quedaros allí á contemplar de rodillas los misterios de la eternidad y á dormir el sueño de la muerte en el sepulcro de los primeros cristianos, sepulcro iluminado por la fé.

¡Pero cómo se borran estas emociones así que veis la corte pontificia! No puedo resistir á la tentación de recordar un cuento del más gracioso de los escritores italianos, de Bocaccio.

«Érase un cristiano viejo, florentino, muy dado á ganar almas para el cielo, mérito en que libraba su eterna bienandanza, cuando dió con un, no recuerdo si moro si judío, y puso empeño en abrir los ojos de su alma á la eterna luz; pero con tal traza, que en breves días había logrado tenerle ya punto ménos que convertido; cuando se le ocurrió al infiel, llevado de su naciente celo, la idea de ir á Roma; idea que desconcertó á su misionero, porque temió que las liviandades de aquella corte serian bastantes á reducir á contras su portentosa obra; mas cuál no fué su extrañeza, cuando vió volver al catecúmeno hecho de hieles contra su antigua religión y de miel para la nueva, exclamando: ¡Padre mío! me convierto; porque si apesar de las liviandades del clero de este siglo la Iglesia erista, crece y se fortifica, es sin duda porque, depositaria de la verdad, merece la directa protección del Cielo.»

Yo no acusaré á la corte que rodea á Pio IX de liviana. Jamás acostumbro á acusar sin pruebas, y siempre me inclino á creer el bien y á no injuriar á la naturaleza humana. Yo creo á Pio IX un respetable anciano perfectamente moral. Yo supongo que el ejemplo de su moralidad trasciende á toda su corte. Pero yo digo que ni él ni cuantos le rodean comprenden el espíritu de este siglo razonador, independiente, libre, quizá demasiado positivista, que desea un culto espiritual y desinteresado para oponerlo al desenfreno del mercantilismo, y que no encontrará nunca la satisfacción de este deseo en el pomposo y vano lujo con que la corte de Roma adorna las ceremonias religiosas convirtiéndolas en el culto de los sentidos. ¿Por qué lado pesa nuestro siglo? Por el lado industrial, por el lado mercantil. Las maravillas de la industria le han hecho olvidar las maravillas de la idea que se ocultan en el cielo del alma. Esta tendencia sobrada exclusiva de su carácter puede traer una de esas reacciones idealistas que equilibran la naturaleza humana, como la acción demasiado sensual del imperio romano sobre la conciencia trajo la reacción demasiado espiritualista del cristianismo, que convirtió un mundo de epicúreos en otro mundo de monjes. Podía muy bien la antigua religión del espíritu aprovechar un momento de crisis en la conciencia para reivindicar alguna parte

del influjo moral que ha perdido. Pero con ese sistema de lujo desenfrenado, de comparsas churriguerecas, de cortesanos vestidos caprichosamente, de pajes cargados de oro, de cardenales con púrpura y armiño, de obispos con mitras orientales, de suizos arlequinados, de guardias nobles que llevan el manto de terciopelo negro sobre los hombros y la espada de plata sobre el vientre, de domésticos cubiertos con túnicas de todos los colores del iris, de lacayos cuyos plumajes desafián á todos los pintados loros del trópico, de soldados con uniformes como el célebre del general Boom en la Gran Duquesa de Gerolstein; con todo ese lujo oriental, la corte de Roma se aparta de Cristo y se acerca á Heliofóbalo.

Es al Domingo de Ramos. La gran Basílica de San Pedro va á presenciar la bendición de las palmas. Dentro de ella el pueblo está relegado al término último, como si no hubiese recibido con el bautismo el sello de la igualdad cristiana. Del altar mayor á la gran puerta, se extienden dos filas de soldados para impedir á la muchedumbre que se acerque al Papa. Aunque la concurrencia es numerosísima, apenas se advierte en aquellos dilatados espacios. Baste decir que en San Pedro caben sesenta mil almas. Las voces de mando militar resuenan fuertemente en el templo, donde sólo debiera resonar la voz de la oración. Los fusiles al descansar producen grande estrépito en el pavimento de mármol. Los asistentes son extranjeros, en su mayoría ingleses. Oyense todas las lenguas. La italiana es la que ménos se oye. Roma, como en los tiempos de Tácito, se halla ocupada por los extranjeros. El ciudadano romano casi ha desaparecido en la inundación de extrañas gentes llamadas por el Papa en su socorro. A la hora prefijada, la procesión que trae á Pio IX, comienza. Es imposible que nadie pueda dar una idea de las diversas gentes que le acompañan, y de los diversos trajes que estas gentes visten. Se necesitaría una enfilada nomenclatura, como las nomenclaturas de Bizancio. Por fin, después de un ejército de cortesanos, aparece el Papa llevado en unas andas como los santos de nuestras procesiones, sentado en una silla dorada, con manto de terciopelo carmesí y mitra blanca, el báculo de oro en la mano izquierda y la derecha ocupada en lanzar bendiciones á los que las reciben de rodillas. San Pedro parece un teatro. Las tribunas, alzadas en gradería bajo los grandes arcos que sostienen la maravillosa rotunda de Mignel Angel, se hallan ocupadas por las damas. La disposición de estas tribunas religiosas me parece idéntica á la disposición de la plaza central en la Grande Opera de Paris. Los caballeros vestidos de rigurosa etiqueta ocupan el pie de las tribunas.

Durante la misa, unos hablan, otros pasean, y todos dirigen alternativamente sus anteojos de teatro, ya á las damas que ocupan las tribunas, ya á los cardenales que ocupan el ábside de San Pedro. Los guardias nobles, vestidos como nuestros esbaldados de la corte de Felipe IV, con calzón corto, media de seda, ropilla de terciopelo, las mangas acuchilladas y adornadas por grandes alfileres de oro, la capa á la espalda, el espadín con puño de acero delante, la gofra negra bajo el brazo y la gotilla blanca al cuello, se mezclan á la conversacion general y al general paseo. Solamente los suizos se hallan allí inmóviles. No dan compasión al considerar que han sido bastante enfermos del alma para dejar sus montañas y su libertad por servir á pobres mercenarios á un soberano extranjero. El traje que llevan fué dibujado por Rafael. El gran pintor no se mostró en este traje gran colorista. Es una mezcla de ratones de paño negro, encarnado y amarillo, un casco adornado con plumero blanco les cubre la cabeza, y una elegante alabarda es su arma. Parecen maniqués vestidos de arlequin.

Después que se ha concluido la función es de ver la plaza de San Pedro. Una inmensa multitud la ocupa; coches lujosísimos la atraviesan en todas direcciones; las músicas militares entonan marciales marchas; la decoración es maravillosa; en el centro el obelisco, mudo trofeo de las victorias del pueblo romano sobre el Egipto; á su lado dos fuentes que lanzan á los aires dos ríos en grandes surtidores; á derecha é izquierda los intercolumnios abiertos ó colosales semi-arcos, dejando entrever la gruesa vegetación meridional de los próximos jardines, y rematados por magníficas diademas de estatuas; sobre una altura el Vaticano, palacio donde han dejado testimonio de su genio los primeros artistas del mundo, y en el fondo, al terminarse elegante gradería, la iglesia de San Pedro coronada por la rotunda de Mignel Angel, que se dibuja admirablemente, como un templo aéreo ascendiendo á lo infinito, entre los arboles de este cielo arborescente que extiende sobre todo, como una mágica gasa de incomparable hermosura, su puro manto de luz.

Pero no ha podido dejar de hacer una observacion que

me inspiró la fiesta. Esta ciudad no puede, apesar de tantos esplendores, permanecer encantada siempre con el filtro del misticismo, ni presa siempre en las redes del arte. Cuando la religión tenía en sus manos la ciencia, el arte, la política, era natural una sociedad como ésta, dirigida por castas sacerdotales. Pero desde que todas las funciones sociales se han convertido en laicas, el gobierno teocrático es imposible. Note, pues, que los coros de la Capilla Sixtina han decaído mucho. Las sublimes inspiraciones de Palestrina á duras penas encuentran dignos intérpretes. Tal decadencia se explica por la dificultad que hay en nuestro siglo de encontrar cantores con las condiciones exigidas por la corte romana. Es sabido que no permitiendo el ritual coros de mujeres en San Pedro, se apela para tener tipleas á reducir á ciertos varones desde su infancia á la condición de aquellos infelices que guardan los recintos del Oriente. Alejandro Dumas refiere con mucha gracia en sus viajes, que vió á la puerta de una barbería romana este rótulo ó anuncio: «aquí se perfeccionan muchachos.» Yo no he visto cosa semejante. Pero sé que los coros de tipleas se pierden, porque ya no hay familias tan despiadadas que por lucro se atrevan á inmolarse á sus hijos. Pues bien, no podéis exigir tampoco que para existir una autoridad religiosa y moral en el mundo, haya una ciudad sin prensa, sin tribuna, sin los derechos primordiales constitutivos de la virilidad de los pueblos.

Con sólo entrar en Roma se observa que su estado es un estado violento. A tres mil suben los emigrados en una ciudad de doscientas mil almas. Cuatrocientos son hoy los presos por causas políticas. Y un sacerdote muy ilustrado, muy amigo del Papa, y hasta entusiasta por su poder temporal, me ha asegurado que hay más de setenta mil garibaldinos en Roma. Todo indica un gran terror. Así las puertas de la ciudad se hallan todas defendidas por barricadas. A las nueve de la noche quedaba encerrado dentro de sus muros, hoy que las ciudades derriban sus puertas para dejar entrar con la luz y el aire las ideas de todas las ciencias, los productos de todas las zonas, los representantes de todas las razas.

Desde el mocher, en cada esquina encontráis dos guardas armados de fusiles, como si estuvierais en una plaza sitiada. Los pasaportes se registran con una minuciosidad indecible. Un Estado que apenas tiene sesenta mil almas, sostiene veinte mil hombres de ejército.

Estos veinte mil hombres son de diversas naciones y hablan diversas lenguas. La mayor parte no entiende el italiano. Así no hay entre ellos los lazos de la sangre y del habla, aunque haya los lazos de la religión y de las ideas políticas. Esto es un gravísimo inconveniente para mandar las maniobras. Aunque se haya convenido usar el francés, como lengua más universalmente conocida, los soldados en su mayor parte no lo entienden. Luego, para vivir en Roma bien (no habiendo en ella nacido), se necesita una grande elevación de espíritu, capaz de comprender todo cuanto dicen sus monumentos, sus artes, sus ruinas. Los que no saben oír esa voz elocuentísima que despierta tantas inspiraciones, se fascidian en esta ciudad académica y monástica. Y no digo esto á broma de pajas. He notado una alta elegancia,



LABRADORAS DEL VALLE DE AVILÉS.—TIPOS DE AVILA.

una distinción de maneras en el ejército pontificio que inútilmente buscariais en los demas ejércitos de Europa. Se conoce bien que si una gran parte es ejército mercenario, atento á las pagas, ligado por su enganche, la mayor parte se compone de jóvenes exaltados por un culto caballeresco á las viejas instituciones, románticos en su fantasía y en su vida, caídos muchos de sus ilusiones, desengañados otros, extraños todos, pidiendo al ejercicio de las armas y al ruido de los campos el alivio á su misticismo que otra generación más religiosa y más tranquila pediría al silencio del claustro y á las maceraciones de la penitencia. Estos soldados han venido de los cuatro puntos del horizonte, pues á todas las razas pertenecen y hablan todas las lenguas en demostración de que Roma guarda bajo los pontifices el carácter de universalidad que le dieron los Césares. Pero esta ventaja moral es la desventaja material de su ejército. Como la idea de individualismo que los germanos trajeron á la historia moderna se halla tan arraigada, las diferencias de raza, de nacionalidad, de carácter, brotan por todas las filias y ocasionan innumerables conflictos. Como los oficiales hablan una lengua y los soldados otra, apenas pueden establecerse entre ellos esas relaciones del corazón, más necesarias que las relaciones de la disciplina en los momentos de peligro. Como los mismos soldados no se entienden materialmente entre sí, no hay unidad en este cuerpo. Y se observan con más claridad tales inconvenientes cuando se ven los obstáculos con que luchan los jefes para mandar las maniobras. La Roma católica tomó el latín pagano para que todos sus miembros tuvieran con un sólo espíritu una sola lengua. La diversidad de pronunciación ocasionó que aun hablando todos latín, no se entendieran los nombres de las varias naciones entre sí, como en demostración de cuán superior es siempre la naturaleza á la ley. La Roma política de nuestro tiempo, en su angustia, ha escogido la elegancia

y flexible lengua de Voltaire para hablar á sus soldados, esa lengua mortal á todos los ídolos, á todas las idolatrías. La aristocracia del ejército la entiende, pero no la entiende de la muchedumbre. Así los soldados se hallan disgustadísimos; primero por los largos ejercicios á que les obliga la dificultad de las maniobras y después por las continuas guardias á que les obliga el terror creciente de la corte.

En proporción, aquellas naciones que por su historia debieran dar más soldados, dan menos. España se suicidó por salvar el catolicismo. Los huesos de sus hijos blanquean desde el siglo décimoquinto en todos los campos de batalla donde ha sido necesario defender esta religión. Damos por allí toda la sangre de nuestras venas y todo el aire vital de nuestro espíritu. Pues bien, sólo hay treinta y ocho soldados españoles en el ejército pontificio. En cambio Holanda que salvó con sus Oranjes la reforma y que inició la libertad de pensar en el mundo moderno, ha enviado gran número de voluntarios. Esto prueba que mientras la libertad de cultos ha mantenido viva la fé en los católicos de los países protestantes, la intolerancia ha extinguido la fé en los países donde pareciera más viva y más exaltada.

Pero dejando aparte estas reflexiones y viniendo á otras más políticas. Yo no comprendo qué se propone al Papa con este ejército numerosísimo, tan desproporcionado á sus medios, á sus recursos, á sus Estados. La sombra del imperio francés le protege. El día que esta sombra se desvaneciera, por muy valiente que el ejército pontificio fuese, no podría resistir á cien mil soldados italianos. Mientras la protección de Francia dure, el ejército pontificio es inútil; y el día que falte la protección de Francia, el ejército pontificio es insuficiente. Sólo sirve para una cosa este ejército; para consumir los recursos que prodigamente á manos llenas envían todas las naciones católicas al Pontífice. Pero estos recursos provienen hoy de una exaltación de los ánimos que no puede ser duradera. El día que Italia, convencida de su impotencia para luchar con Napoleon ó para promover el conflicto franco-prusiano con motivo de la cuestión de Roma, la rodee de un profundo olvido, el celo de los fieles disminuirá, con el celo disminuirán los recursos, con los recursos disminuirá el ejército; y una sublevación interior no sólo será posible sino también fácil.

Estoy admirado de los rasgos de inteligencia y de fuerza que guarda en su fisonomía esta raza romana, y que revelan toda la indómita fuerza de aquel antiguo carácter, conquistador del mundo. Las mujeres, altas, majestuosas, de anchos hombros, de torneados brazos, el color moreno mate, los labios gruesos, la nariz aguileña, negros y brillantes los ojos, en cuyo torno se dibujan largas pestañas y artísticas cejas; ancha la frente como sus ceñidas, abovedada la cabeza como las Madonas del divino Rafael; oscuro y rizado el cabello que cae en largos bucles sobre las esculturales espaldas; tienen tal aire de matronas romanas, que aun pueden ciertamente mandar á Coriolano morir por la patria y á Cayo Graco morir por el pueblo. Los jóvenes romanos han heredado la hermosura de sus madres combinada con todos los rasgos de la fuerza varonil. Se ve que el silencio impuesto por la Inquisición y la obediencia impuesta por el despotismo no han sido bastantes á extin-

gnir el espíritu de este gran pueblo. Todavía parece que que de sus libros la fórmula del derecho antiguo: *civis romanus sum*.

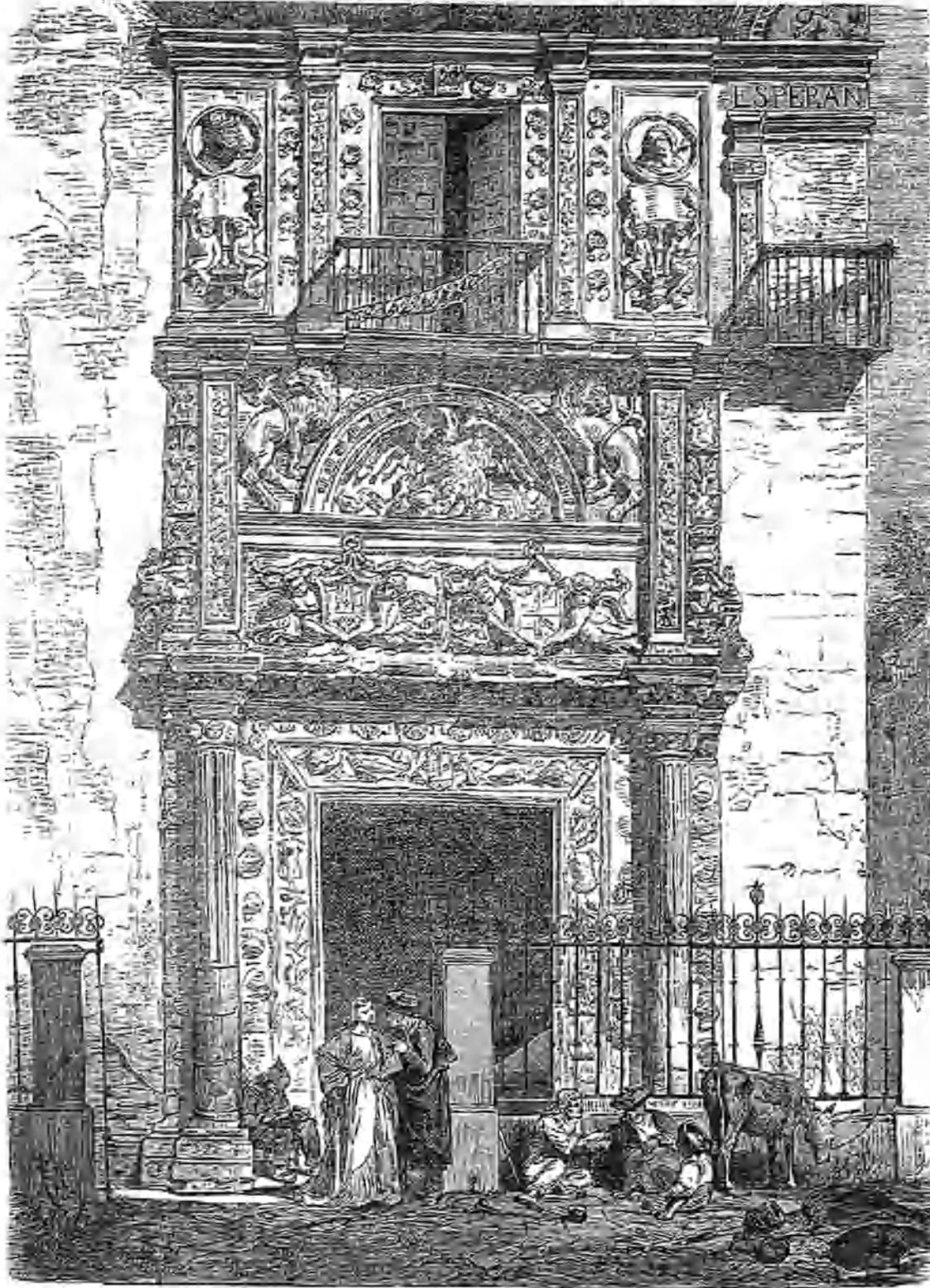
Y cuenta que para descubrir esto se necesita quitar la capa de inmundicia, bajo la cual fallece Roma. Junto al leño oriental de los cardenales, los harapos de un pueblo hambriento; junto á las carrozas doradas, nubes de mendigos descalzos; en torno de los soberbios palacios de mármol, una horrible greca donde están confundidos toda suerte de mal olientes excrementos. Y sin embargo, esta ciudad es la capital de Italia. Cuando al caer la tarde, en las horas sagradas de la poesía, bajo un cielo clarísimo, iluminado por los últimos rayos del sol poniente que da á los edificios algo de fantástico, mirais desde las alturas del Pincio esta ciudad con sus once obeliscos egipcios, sus trescientas cúpulas, sus bosques de columnas, sus miriadas de estatuas; y descubris las Siete Colinas donde han nacido los senadores, los cónsules, los tribunos, el derecho político y civil de la antigüedad que todavía es la base de vuestro derecho; y contemplais al frente San Pedro, y sobre las majestuosas líneas de la gran Basílica la rotunda adornada por Bramante y concluida por Miguel Angel; no lejos de San Pedro el tibnico mausoleo de Adriano, sobre el cual abre sus alas el serafín de bronce; allá á la izquierda el mundo de la historia, los muros donde se grabaron mil victorias, la Via Sacra por do entraban los triunfadores, el Foro en que se congregaba el pueblo, los arcos bajo los cuales han pasado veinte siglos sin desgastarlos, las termas regaladas en cuyos dibujos todavía se han ceñido en corona las artes modernas, el Coliseo que es una montaña esculpida por gigantesos vinocoles, el Quirinal donde se alzan las mayores estatuas salvadas de las catástrofes de Grecia, el Capitolio, cabera, cerebro de la tierra; á la vista de tantas maravillas, al recuerdo de tantas grandezas, á la contemplación de tantos monumentos engarzados en bosques de cipreses que parecen una inmensa corona fúnebre sobre la ciudad colocada por un géneo invisible; cuando las campanas que tocan á la oración os envían sus tañidos melancólicos que os parecen la voz de los mártires saliendo de las catacumbas, y las sombras de la noche, colgándose tristemente de las ruinas, como que dibujan las almas de los héroes; el corazón por tantas emociones henchido, proclama á Roma no solamente la capital de Italia sino la eterna capital del mundo.

Se necesita ser italiano, tener la sangre meridional en las venas, haberse educado en el recuerdo de esta gloriosa historia, bajo las pintadas alas de la poesía clásica, para comprender todo el prestigio que Roma ejerce sobre los italianos. Los que han querido constituir Italia en monarquía y luego le han negado á Italia su capitalidad natural, han hecho un cuerpo sin cabeza. Se concibe que si Italia fuera una federación republicana, la cuestión de capital pasara á la categoría de una cuestión secundaria. Se concibe más, se concibe que siendo un estado junto á otros estados republicanos, aunque las leyes fueran análogas á las del resto de Italia, conservara Roma por respeto á sus pontifices costumbres mo-

násticas, religiosas, como las conserva Friburgo apesar de hallarse enclavada entre dos cantones tan protestantes y tan liberales como el canton de Vaud y el canton de Berna. Pero constituida Italia en monarquía por el temor natural de todos los potentados europeos á la república, Roma es de Italia é Italia de Roma: que se hallan tan ligadas como los satélites á sus planetas, y los planetas al sol. Y en esta ciudad, hoy compuesta de iglesias, de conventos; donde no se ve ni una huella de la vida política y civil; donde por toda autoridad laica se descubren unos cuantos senadores en carrozas pin-

prenderá que el Jueves y Viernes Santo se trabaja en esta ciudad como todos los días, se hallan abiertos todos los establecimientos, y se vea más gente en las salchicheras contemplando los jamones adornados de flores y de laureles, que en las iglesias visitando los sagrarios. Nadie comprenderá que los doce pobres á quienes el Papa sirve la comida en conmemoración de la cena del Salvador, se rían como al estuvieran en el teatro, y se arrojen á la cara anises y confites como si estuvieran reunidos para una francachela ó en una comida de campo. Nadie creerá que el Jueves por la tarde, á las cinco, entre un cardenal penitenciaro en la Gran Basílica, se sienta á la izquierda del sepulcro de San Pedro, y perdona los pecados con sólo manejar una caña y tocar con ella la cabeza de los penitentes como si estuviera pescando en seco. Yo he visto damas muy piadosas refrase de todas estas puerilidades.

Pero hay una ceremonia y un momento sublime: el *Miserere* en San Pedro. La música es de una inspiración inagotable y de un efecto sorprendente. Roma vió en el siglo XVI que el protestantismo la aventajaba en música, cuando tanto aventajaba ella al protestantismo en pintura, en escultura y en arquitectura. Naturalmente, buscó un músico para contrastar esta inferioridad, y lo encontró sublime, encontró á Palestrina, ese Miguel Angel del arte lírico. El Papa prohibió que su *Miserere* fuera copiado para que sólo resonase en la iglesia cuyas bóvedas gigantes se hallan completamente en armonía con las sublimes notas. Un día escuchaba fuera de sí el *Miserere* un niño sublime. Este niño, que debía ser el Rafael de la música, lo aprendió de memoria y lo divulgó por el mundo. Llamábase el niño Mozart. El génio germánico vino como siempre á robar sus secretos al génio latino en la guerra oscura de ambas razas. No hay pluma capaz de describir la solemnidad del *Miserere*. La noche avanza. La Basílica está á oscuras, sus altares desnudos. Por las ventanas de las bóvedas que frisan con el cielo, penetra la incierta y pálida luz del crepúsculo como si viniese á aumentar las sombras. La última vela del tenebrario



CASA DE LOS SEÑORES DE CASTIL EN GRANADA.

truchadas, seguidas por unos cuantos lacayos colorados, imunda parodia de los antiguos senadores; en esta Roma teocrática, monástica, de rodillas eternamente sobre sus ruinas de mármol, se ha de levantar la tribuna en el foro, ha de hablar la prensa, ha de resonar la antigua elocuencia, se han de discutir todos los problemas, han de brotar todas las escuelas, porque no podeis arrojar el espíritu político de las sagradas regiones donde el espíritu político tuvo su nacimiento.

Mientras no suceda esto, Roma es una ciudad muerta. Yo he seguido con cierta curiosidad arqueológica las ceremonias de Semana Santa. Unas me han parecido por lo lujosas orientales, otras me han parecido por lo refinadas bizantinas, otras por lo baladías pueriles; todas, absolutamente, extrañas á nuestro siglo, y bajo el aspecto religioso, inferiores á la majestuosa solemnidad del culto en España. Ningun español ó americano acostumbrado á la severidad de nuestras ciudades en Semana Santa, á esta severidad que no consiente ni una puerta abierta en las tiendas, ni un coche en las calles, com-

se ha ocultado tras del altar. Os creeriais dentro de un túmulo inmenso á través de cuyas tablas entrara el resplandor lejano de lámparas funerarias. La música del *Miserere* no tiene instrumentación. Es un coro sublime combinado de una manera admirable. Ya se oye como el rumor lejano de una tempestad ó como la vibración del viento sobre las ruinas y en los cipreses de las tumbas; ya como un lamento que se levantara del fondo de la tierra ó como un plañido que enviaran los ángeles del cielo, todo envuelto en sollozos, en una lluvia de lágrimas. Como las estatuas de blanco mármol son de tal manera gigantestas y brillan tanto que las primeras sombras no pueden completamente ocultarlas, parecen avocaciones de otras edades que al levantarse de su sepulcro y desceñirse en negro sudario entonan ese cántico de dolor y de horrible desesperación. La Basílica toda se conmueve, vibra tal si los acantos de terror salieran de cada una de sus piedras. Esta lamentación, larga, sublime, esta ola de hiel evaporada en los giros del aire, os hiere profundamente el corazón, porque en su tristeza infinita es

la voz de Roma quejándose á los cielos desde su lecho cenizas, como si bajo sus cilicios se retorciera agonizante. Llorar así, lamentarse como los antiguos profetas bajo los sauces del Eufrates, ó sobre las piedras caparceadas del templo, llorar en cadencias sublimes conviene á una ciudad como ésta, cuyo eterno dolor no ha ofendido todavía á su eterna hermosura. Así es la ciudad esclava. David sólo podría ser su poeta. Lo sublime es la nota de su cántico. Roma, Roma; eres grande, eres inmortal hasta en tu desesperación y en tu abandono. Tendrás eternamente en el corazón humano un altar, aunque se pierda la fé, que ha sido tu prestigio, como se perdieron las conquistas que habían sido la fuerza. Nadie podrá robarte el don de la inmortalidad que te confiarán tus dioses, que te han sostenido tus pontífices, y que te confirmarán eternamente tus artistas.

EMILIO CASTELAR.

LABRADORAS DEL VALLE DE AMBLÉS.

TIPOS DE ÁVILA.

La famosa romería de la Virgen de Sousoles, cuya pintoresca arca se encuentra situada á una media legua de la ciudad de Ávila, reúne en el espacioso atrio que sirve de ingreso al templo multitud de gentes de todas clases y condiciones venidas de diferentes pueblos de la provincia.

Como puede calcularse, esta gran reunión de personas, entre las cuales domina siempre el elemento popular, ofrece al estudio del observador multitud de tipos y trajes á cual más variados y curiosos.

Su embargo que casi todos ellos ofrecen alguna particularidad notable, se puede desde luego mencionar, como uno de los más llamativos por su originalidad y carácter propio de aquella provincia castellana, el de las labradoras del valle de Ambles.

El sombrero de paño y anchas alas adornado de flores contrahechas, ramilletes de siempreviva, galon de seda y vueltas de alfileres con cabezas de colores; el sencillo jubón negro sobre el cual campea el pañuelo blanco bordado y guarnecido de encaje; el airoso guardapiés amarillo franjado de rojo; la media encarnada ó negra, según que la dueña sea casada ó moza; el zapaticito bajo con moño de colorines ó hebillas de plata; todo lo que compone su extraño atavío, forma un conjunto tan pintoresco, que bastaría por sí solo á llamar la atención del más indiferente en materia de artes, si ya no le llamara de manera tanto ó más poderosa la picaresca gracia y la gentileza y donaire de las mujeres que lo lucen.

El tipo de las labradoras avilesas no es seguramente un declado de perfecciones clásicas, ni nada hay más distante que su expresión y sus contornos de las formas aéreas de la mujer afitada, producto de la civilización; su nariz ligeramente remangada; sus ojos vivos, negros y pequeños; sus labios que parecen guindas; su tez dorada como el trigo; su talle apretado y sus caderas redondas, realizan el ideal de la muchacha bonita de aldea, limpia, hacendosa y alegre, que huele á tomillo y mejorana.

B.

D. BLAS DE VILLATE Y LAHERA.

CONDE DE VALMASEDA.

Aún bulla en los espíritus la agitación que es siempre compañera inseparable de las grandes perturbaciones políticas, cuando las noticias de la rebelión de Yare vino á atenuar en unos las hisonjeras esperanzas que les hacía ver próximo cuando recibiera el influjo de la Revolución de Setiembre, y á exacerbar en otros la estrechez de miras, y esa desconfianza medrosa que ve solo conflictos y penalidades en cada desenvolvimiento de la civilización.

No juzgaremos ahora las causas que contribuyeron á la insurrección cubana, ni los vínculos que la ligaban á las alteraciones de la Península; vivas están con las pasiones políticas, presentes las funestas consecuencias de una guerra que hace luchar como enemigos á pueblos hermanos; y el encono que despiertan ciertas opiniones, y las simpatías que nos inspiran otras, son un buen testimonio de que no ha llegado todavía el momento de relatar estos sucesos con el sosiego del que, ajeno á los hechos de sus contemporáneos, aspira sólo á decir la verdad á otras generaciones.

Las opiniones, sin embargo, podrán dividirse al señalar las causas de esta lucha, y determinar los medios

con que se hubiera evitado; pero una vez alterado el orden, amenazada la autoridad española, y caracterizadas las tendencias separatistas de este movimiento, no habrá seguramente nadie que no estimara, como el Gobierno lo hizo, que era preciso preferentemente sofocar con las armas una rebelión, que intentaba quebrantar los lazos que unen una de las provincias más queridas al resto de la monarquía.

Los momentos eran, no obstante, críticos para organizar fuerzas muy numerosas; el ejercicio de ciertos derechos, no planteados antes con tan exagerada amplitud, la holgura en que se hallaban ciertas aspiraciones necesitadas siempre de vigorosa tutela, y el radicalismo de un partido extremo, dieron lugar á violentas agitaciones en algunos puntos de la Península, que necesitaban para ser calmadas del ejército que se había pensado enviar á combatir la insurrección naciente.

Por fortuna restablecidos muy en breve la tranquilidad, los ánimos comenzaron á normalizarse dentro de la nueva situación, y la suerte de nuestros hermanos de Cuba vino á presentarse á todos con la gravedad que tenía en sí misma, y con el prestigio que prestaba nuestro espíritu entusiasta á unos sucesos que ocurrían en países tan distantes de la madre patria. La prensa, por su parte, multiplicaba esta tendencia con sus debates; los intereses nacionales procuraban también ponerla muy en relieve, y los insurrectos, excediendo la crueldad natural de todas las guerras y exagerando sus insultos, contribuían no poco á exaltar el patriotismo, aún de los que parecían más tibios.

En la Península, la unidad de sentimientos que produjo esta lucha se manifestó en el movimiento espontáneo con que la mayor parte de las provincias organizaron batallones de voluntarios para sofocar la insurrección; pero en Cuba, que la proximidad de los sucesos excitaba los odios, agrandaba las diferencias y deslindaba los campos, se desarrollaron desde luego dos partidos que tenían vida muy anterior y que representaban las distintas aspiraciones de la opinión.

Uno, compuesto de hombres turbulentos y ambiciosos, más hijos en su propio interés que en el del país que les vio nacer, corrieron afanosos á las armas, confiados en obtener por sorpresa y á traición el predominio de sus ideas: el otro, hijo del trabajo y amante de la prosperidad, ansia con verdadero patriotismo el progreso de la sociedad cubana y el desarrollo liberal de sus instituciones; pero alocionado con experiencias dolorosas ha llegado á comprender que su bienestar se halla sólo bajo la sombra del pabellón español, y de aquí sus penosos sacrificios, la abnegación con que ha tomado parte en las operaciones militares, y la actitud leal con que contribuye siempre al sostenimiento del orden.

Sobrado prolijos habríamos de ser si relatáramos las excelencias del partido español y los servicios que ha prestado para la pronta terminación de la guerra; pero al recordar, siquiera sea tan someramente, la insurrección de Cuba, no podemos menos de consignar un testimonio de consideración á D. Blas de Villate y Lahera, conde de Valmaseda, que más que por su voluntad, por la simpatía de aquellos españoles, ha venido siendo, desde el principio de la lucha, el ídolo de este partido.

El 3 de febrero de 1821 nació en Sestao (Vizcaya), lugar en que hizo sus primeros estudios, hasta la edad de trece años que ingresó como cadete en el colegio militar de Segovia, donde tuvo ocasión á poco de asistir á la defensa del alcázar, que trataba de invadir el cabecilla Zuritaegui.

Terminada su carrera, pasó á la Isla de Cuba (1839) de teniente, donde permaneció hasta 1844 que regresó á la Península, después de haberse captado numerosas simpatías por la entereza con que supo sofocar en Matanzas una imponente tentativa de la raza de color.

Desde 1845, en que desempeñaba el servicio correspondiente á un empleo de comandante, á 1860, en que tomó parte en la campaña de África siendo brigadier, sus vicisitudes se resienten notablemente de los sucesos por que ha atravesado nuestro país, y que influyeron en su carrera más de lo que hacía presumir su separación de la política.

El comportamiento de Valmaseda en la citada guerra y el valor que demostró atacando á fuerzas superiores de caballería, hicieron que el Gobierno le concediera la Gran Cruz de Isabel la Católica, y que en juicio contradictorio se le reconociera acreedor á la de tercera clase de San Fernando.

Recordaba, sin embargo, con gusto su permanencia en Cuba, las afecciones que le ligaban á muchos de sus habitantes, y como el Gobierno estaba deseoso de utilizar sus conocimientos especiales, le nombró en Marzo del mismo año comandante político militar de Trinidad, trasladándole posteriormente á Puerto Príncipe, puesto

que desempeñaba cuando se inició la guerra de Santo Domingo, donde solicitó pasar al mando de una brigada de operaciones; los trabajos de la campaña y la insalubridad del clima fueron, no obstante superiores á su robusta constitución, y en 1865 tuvo ya que regresar á la Península para restablecer sus dolencias.

Enfermo aún, fué nombrado en abril de 1866 segundo cabo de la capitania general de la isla de Cuba, cargo que abandonó gustoso al comenzar la insurrección para ponerse al frente del ejército de operaciones, que había de sostener la parte principal de los trabajos. Su conocimiento de las posiciones ocupadas por los rebeldes, y la confianza de las fuerzas que mandaba, influyeron poderosamente en sus medidas, y es seguro que nunca se hubieran obtenido las victorias de Bayamo, Valenzuela, Jibacoa, Cajitas, Bona Costa y otras muchas, sin el prestigio que rodeaba su autoridad.

Como la mayor parte de sus expediciones tuvieron lugar en el departamento oriental, que era la principal guarida de los insurrectos, se le eligió en diciembre último comandante general de este departamento, y el 18 del pasado año ha prestado al Gobierno sus servicios, haciéndole teniente general de los ejércitos nacionales.

Las ambiciones pequeñas y las emulaciones de siempre no dejarán de manifestarse en la murmuración de algunos; pero contra estas protegas hechas en voz baja, é hijas quizá de rencillas personales, está el voto de la opinión pública de aquellos países, que ha estimado en mucho sus merecimientos, que lo ha significado así repetidas veces, y que simboliza gustosa el heroísmo de tantos españoles en el que ha sabido conducirlos á la victoria.

F. DE LAIGUESIA.

EL REY DON JAIME Y EL OBISPO DE GERONA.

I.

Es un hecho cierto y positivo, por más que haya autores verídicos en otros puntos empeñados en negarlo, que á principios del año de 1246 el rey de la Corona de Aragón, D. Jaime el Conquistador, mandó cortar la lengua al obispo de Gerona fray Berenguer de Castellbisbal. En vano los adeptos de la escuela encargada de ocultar las faltas de los reyes han procurado hacer que se olvidara este suceso negándolo, refutando ó falsificándolo, porque todos sus esfuerzos han sido inútiles. La verdad, lo propio que la luz, acaba siempre por abrirse paso á través de la más insignificante rendija.

Zurita se vio obligado por la censura oficial á borrar en su segunda edición de los *Ayres* el pasaje que relativo á este suceso había impreso en la primera. Abarca escribió sendas páginas tratando de demostrar la poca consistencia y la falsedad del hecho: otros autores, cortesanos de la mentira, han lanzado los rayos de su ira contra los que, apóstoles de la verdad, han intentado poner este suceso en claro. Sin embargo, hoy no puede caber ya la menor duda. La crítica histórica demuestra con severa lógica que el hecho es indudable.

Lo que todavía está oculto, bajo un velo hasta ahora impenetrable, es la verdadera causa que impulsó á don Jaime á hacer cortar la lengua al obispo de Gerona. Aparece como lo más cierto que este prelado reveló algo que el rey le había confiado en secreto de confesión, y que quiso el monarca castigarle por donde mismo había pecado; pero se ignora en qué consistía este secreto, pues aun cuando algunos han supuesto que lo revelado por el obispo fué el matrimonio clandestino del rey con Doña Teresa Gil de Vidaura, es positivo que este enlace no pudo realizarse hasta después de 1271, época de la muerte de la reina doña Violante. Ni creemos que vayan tampoco más acertados los que suponen que la revelación del obispo fué por haber comunicado al infante Don Alfonso, primogénito del rey, la desahucada distribución de la corona que el monarca tenía prometida.

El hecho es que el rey mandó prender y cortar la lengua á fray Berenguer de Castellbisbal, escribiendo poco después de esta sangrienta mutilación una carta al Sumo Pontífice, dándole cuenta de los motivos que había tenido para proceder tan cruelmente contra el obispo y pidiéndole ser absuelto. El texto de esta carta no es conocido, pero sí lo es el de la contestación del Papa Inocencio IV, dada en Lyon de Francia á 10 de las kalendas de julio del año III de su pontificado (22 de junio de 1248), la cual transcribe el padre Odorico Reinaldo, sacándola de la librería Vaticana y del libro III de las Epístolas del Papa Inocencio, cuyo primer capítulo, que transcribimos por ser el más constante abono de la noticia, dice así, traducido del latín:

«Inocencio, obispo, siervo de los siervos de Dios, al rey de Aragón, espíritu del más sano consejo: Recibidas y leídas tus letras, ocupó á nuestro ánimo un grandísimo asombro por la enormidad del delito que ellas expresaban: pues afirmaste que nuestro venerable hermano Berenguer, obispo de Gerona, ántes que lo fuese había alcanzado tanta autoridad en la corte, que era tenido como el más honrado entre los mayores; pero que después, como tú añades, siendo traidor contra tí, tuvo la osadía de revelar cosas que tú le habías descubierto en el fuero de la penitencia, y también había armado contra tí otras muchas y graves máquinas: por lo cual le mandaste salir luego de tu reino: y habiendo él alcanzado allí la dignidad episcopal, tú, encendido con el calor de la ira, le hiciste prender y con mandato sacrilego quitarle parte de la lengua. Así nos pedía que mandásemos salir de tu reino á dicho obispo, y á tí y á los partícipes en consejo, ayuda ó ejecución, se diese la absolución de tan grande delito.»

Hasta aquí el primer capítulo de la Epístola. La suma de los otros consiste en decir: que concede al rey don Jaime la grandeza de sus virtudes y hazañas, manifestándole el amor que por ellas y las de sus predecesores le tiene el Papa sobre los demás príncipes católicos, y que á esa medida era el dolor del escándalo con su delito ocasionado; que no debía su real prudencia haber creído ligeramente en delito tan inverosímil de su confesor y no fácil de probar; ni cuando se probara podía ser castigado del rey sino del mismo Papa; que no estaba el rey en disposición de recibir la absolución, pues le duraba el rencor contra el afligido obispo; y que, por fin, le exhortaba al arrepentimiento de sus culpas, y á que, conforma á los saludables consejos que le daría el penitenciarío fray Desiderio, que le enviaba, satisficiera á Dios y á la Iglesia para no perder el reino eterno por la sacrilega tiranía de aquella sangrienta ejecución.

Varias consecuencias se deducen del contenido de esta Epístola, entre ellas: que fray Berenguer reveló un secreto de confesión; que la revelación de este secreto fué anterior á su nombramiento de obispo, y por consiguiente, anterior á los amores del rey con doña Teresa Gil de Vidaura; y también á los sucesos que dieron margen al levantamiento del príncipe don Alfonso; que don Jaime no sólo desterró al fraile por la revelación del secreto, sino por estar urdiendo tramas contra él y por sembrar quizá alguna parcialidad ó algún bando que ponía en conflicto al reino; y que no se lanzó el monarca á proveer por sí y ante sí la captura del obispo y su bárbara mutilación, cediendo sólo á los impulsos de su cólera, sino que tomó consejo de los varones que le rodeaban.

Terrible fué la sentencia, bárbara y cruel más que terrible; pero criminal y gravemente criminal anduvo el sacerdote indigno que ante Dios y ante los hombres faltaba á la santidad del Sacramento. Si la Iglesia no tenía piedad para el rey que mandaba arrancar la lengua al monje por haber revelado un secreto de confesión, tampoco debía tenerlo para otro rey que más adelante castigaba un delito político con hacer beber á los reos el plomo derretido de la campana que les llamaba á consejo. (Don Pedro IV de Aragón, *el del puñal*, como le llama la historia.)

II.

Bastaría el sencillo documento de que hemos dado cuenta en nuestro anterior artículo, para dejar sentado como verdad irrecusable el suceso de haber mandado el rey don Jaime cortar la lengua al obispo de Gerona, por revelación de secretos que le había descubierto el monarca en el fuero de la penitencia. Sin embargo, por el caso esto no bastaba, Finestres, en su *Historia de Piedad*, apéndice á la disertación II, tomo 2.º, nos da importantes detalles, que comprueban y particularizan el trágico acontecimiento, copiando varias escrituras que extrae del proceso de reconciliación del rey don Jaime, cuyo proceso parece que se conservaba en el archivo de dicho monasterio.

Por estas escrituras se ve que, recibidas las letras exhortatorias del Papa, avinose el rey á seguir los consejos de su penitenciarío fray Desiderio, haciendo público el reconocimiento del delito cometido y el propósito de satisfacer á la Iglesia, con escritura que otorgó en la

ciudad de Valencia en 5 de agosto de 1246, la cual comienza así, traducida del latín:

«Nos don Jaime, rey de Aragón, por consejo y exhortación de fray Desiderio, penitenciarío del Señor Papa, reconocemos habernos excedido gravemente en el hecho de la mutilación de la lengua del obispo de Gerona, y haber enteramente ofendido á nuestra madre la Iglesia. Por tanto, doliéndonos de lo hecho, contritos y humillados pedimos perdón á Dios y al Sumo Pontífice su vicario en la tierra.»

Signo ofreciéndose á pedir perdón al ofendido obispo, á levantarle el destierro, y, en satisfacción del delito, á construir un hospital, á terminar la abadía de Benifazá de la orden cisterciense, ya comenzada, ó á dar algunos réditos á la iglesia de Gerona, según lo que al Papa le pareciera mejor y más conveniente. También se ofrece á reconocer su culpa en junta de prelados, nobles y ciudadanos de sus reinos.

Don Jaime envió este documento al Papa por conducto de fray Arnaldo de Peralta, obispo de Valencia, al que nombró para este caso su embajador, y lo acompañó con una carta, que también traslada íntegra el citado Finestres, en la cual protesta de su arrepentimiento, manifestándose dispuesto á hacer cuanto el Papa ordenare en desagravio de su enorme delito, y acabando por pedirle la absolución.

Á estas cartas contestó el Sumo Pontífice con otra, fechada en Lyon á 10 de las kalendas de octubre del año IV de su pontificado (22 de setiembre de 1246), comisionando á sus legados Felipe, obispo camerinense, y fray Desiderio, para que en su nombre absolviesen al rey luego que hubiese dado satisfacción á la Iglesia y al agraviado obispo.

Los legados del Papa presentaron las letras apostólicas al rey en la ciudad de Lérida, donde á la sazón se hallaba, y D. Jaime, ántes de recibir la absolución, hizo en la iglesia de religiosos franciscanos de dicha ciudad el acto de perdón y reconciliación con el obispo de Gerona, como es de ver en la Escritura que así dice traducida:

«Antes de nuestra absolución, delante de los carísimos y venerables y discretos varones obispo camerinense y fray Desiderio, nuncios del Sumo Pontífice, y congregada toda la multitud así de prelados como de otros en la ciudad de Lérida, en la casa de los frailes menores, perdonamos de puro corazón al obispo de Gerona, sobre todas las cosas por las cuales había incurrido en nuestra ofensa, y al mismo damos en adelante nuestra seguridad. Dada esta Escritura en Lérida á 15 de las kalendas de noviembre, año de 1246.»

Concurrieron á este acto público, á más del obispo camerino y fray Desiderio, legados apostólicos, el arzobispo de Tarragona, los obispos de Zaragoza, Urgel, Huesca y Elna, muchos magnates de Aragón y Cataluña, y varios ciudadanos principales de Lérida.

Luego que el rey hubo firmado el anterior escrito, procedieron á absolverle los legados pontificios, imponiéndole por penitencia que hubiese de terminar el monasterio de Benifazá, dando para la fábrica de su iglesia doscientos marcos de plata y bienes suficientes para que pudiesen mantenerse en él hasta cuarenta monjes, en vez de los veinte para que se edificaba; que completase la dotación del hospital de San Vicente de Valencia hasta que tuviese de renta anual seiscientos marcos de plata, y que fundase además una capellanía perpétua en la catedral de Gerona.

Así terminó aquel suceso que tanto escándalo hubo de mover entonces, y que á tan diversos y contradictorios pareceres ha dado lugar después.

Por lo que toca al obispo gerundense fray Berenguer de Castellbisbal, se sabe que falleció fuera de su diócesis, en Nápoles, el año de 1254.

Hemos creído que podía convenir aclarar este punto hasta hoy dudoso, ó á lo menos oscuro, de nuestra historia, citando los documentos que atestiguan el hecho y las fuentes en que pueden hallarse.

Para nosotros el hecho es ya indudable, apesar de las negativas rotundas con que inteligentes historiadores lo condenan.

VICTOR BALAGUER.

EL NIÑO MENESTEROSO.

Entre lo mucho notable que existe en el mundo, hay ciertas familias que, durante muchas generaciones, se dedican al difícil arte de conciliar el decoro con sus escasos medios de subsistencia.

Y lo más notable de esas familias son los niños, como diremos más adelante.

Á la legua se les conoce á esas gentes que carecen casi de todo, cuando su mayor empeño es dar á entender que casi no les falta nada.

Temen el ajeno menosprecio, no sólo por estimación propia, sino porque les aberra la idea de las consecuencias; por ejemplo, el verse privados de alternar con un empresario que puede dar trabajo, ó con una persona influyente que el día de mañana puede dar destinos, ó con las familias mejor acomodadas que ellas que las facilitan el agradable trato con la gente culta.

El padre se encierra en su cuarto, y con el aire azorado del criminal que va á consumar el delito, saca de su escondrijo los cepillos y la caja de betun, y se limpia cariñosamente el único calzado.

Si llaman á la puerta, lo deja todo, lo esconde todo, se lava á toda prisa las manos, y ántes que le vea nadie, procura dar á su fisonomía un aspecto que no deje sospechar lo que estaba haciendo.

Para casos semejantes, su mujer, cómplice indispensable, le tiene prevenidas las coartadas.

El, á escondidas de todo el mundo, compone los objetos de lona que le quedan, hace uso periódico del agua de quitar manchas, y á veces, después de vacilaciones inevitables, se pone los cuellos y puños de camisa vueltos del revés.

El y su mujer se puede decir que tratan con mimo á los muebles; de modo que la mesa de pino y las sillas de Vitoria que por buena suerte caen en sus manos, alcanzan larga vida y gozan de una sencillez tranquila y apacible; pues no sólo se conservan en buen estado, merced al régimen, digámoslo así, higiénico á que se las somete, sino que al menor asomo de un achaque se las socorre con el bramanito, la punta de París, la cola, el oportuno barnizamiento y los más eficaces auxilios de la terapéutica mobiliaria.

En las casas á que me refiero hay siempre muebles y enseres que datan cuando ménos de la generación anterior, y se transmiten en buen uso á la inmediata descendencia.

Aún está el niño en mantillas, y ya la previsora madre empieza á guardar retales de paño, sin valor en el mercado, cuyos retales han de servir para remendar el pantalón del susodicho niño cuando llegue á aquella edad en que ni forrados en cobre resisten ocho días sin notable detrimento las rodilleras.

Uno de los aforismos domésticos que esa madre repite con fruición, es el siguiente:

«Todas las cosas sirven un día á otro.»

Así, lo guarda todo: botones de hueso, un mango de cuchillo partido en dos pedazos, cuentas de vidrio, corchetes desaparejados, un anzuelo, un tapon de frasco de tocador, tiras para forros, peñecitos de ballena, hebillas de sombrero... todo es decir, todo lo que la pobre puede haber á mano, que poca cosa es ciertamente.

Resultado de esto es la indiscreción más común del niño menesteroso, y consiste en que no ve por las calles pingajo ni cosa semejante, que no se lance atropelladamente sobre ello para ir á enseñárselo á su madre, preguntándole:

—¿Sirve esto, mamá?

La pobre criatura lo hace de buena fe, guiado por lo que oye decir y ve en su casa; pero á veces se gana un buen pellizco, porque «delante de ciertas personas» no se deben hacer ciertas cosas.

Que es la razón, ó mejor dicho la sinrazón, con que la familia trata de justificar los castigos que en casos semejantes le imponen.

Quizá aquella tarde misma cogió una escoba vieja para que le sirva de caballo y una cinta ya usada para látigo, y se lo arrebatan de las manos gritando:

—¡Suelta eso, enemigo, ¿no ves que todavía sirve?

Por lo cual comprenderá el discreto cuán difícil es aprender á discernir siendo niño menesteroso.

En presencia de las personas á quienes sus padres quieren á todo trance ocultar su precaria situación, la inocencia, la salud, el candor mismo del niño, son un continuo sobresalto.

No es tan de temer que una palabra del chico les comprometa gravemente.

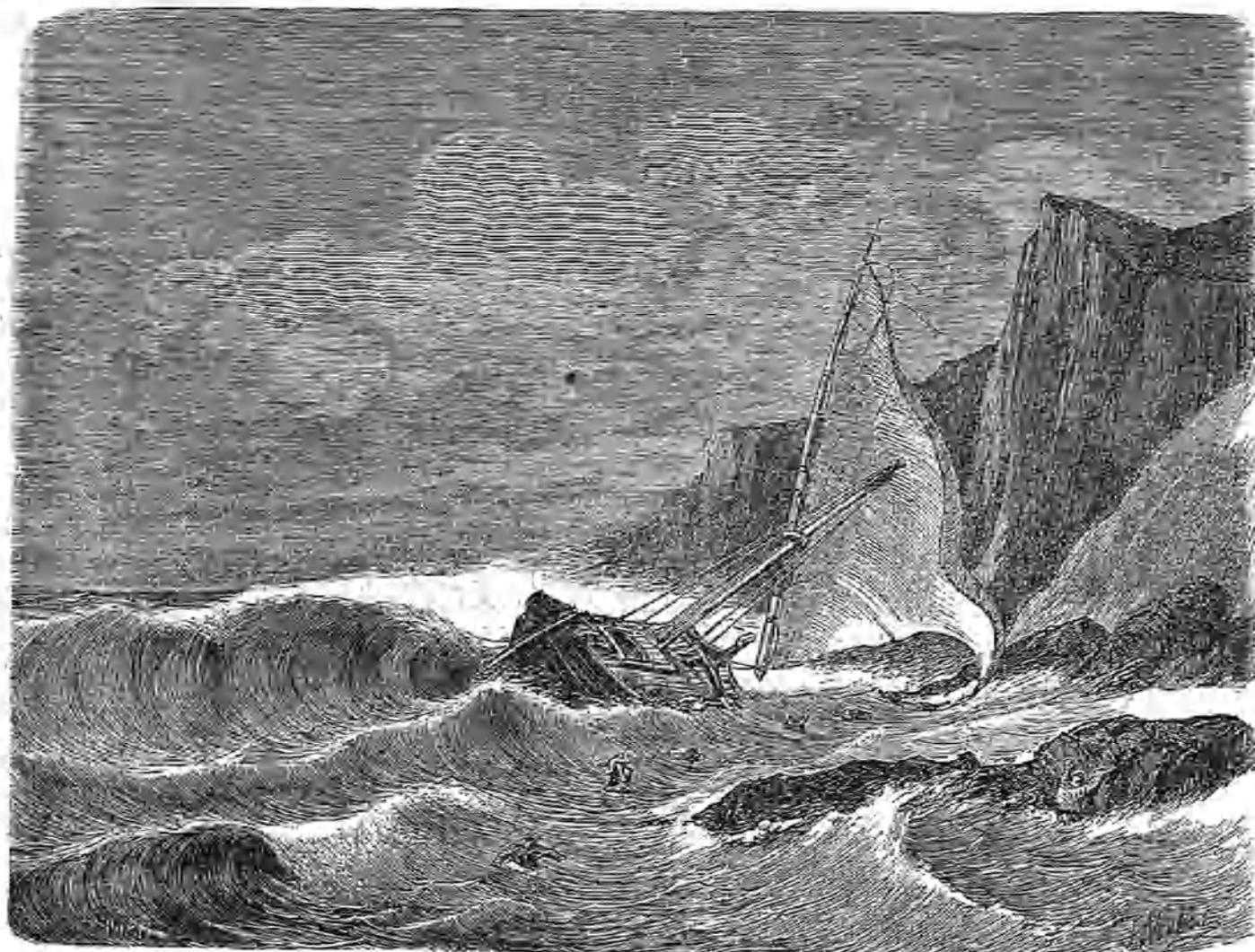
Á fuerza de experiencia y de papilotajes llega el muchacho á tal estado, que al alargar la mano á un sobre de carta para convertirlo en pajarita, se detiene, porque una voz interior le grita: ¡desgraciado, suelta, que todavía sirve!

Sale un día á paseo con sus padres: se paran todos ante el escaparate de una estamperia á contemplar la caricatura de un hombre público representado en forma de pavo.

Los curiosos cuchichean sonriendo, y de pronto levanta el niño la chillona voz diciendo:

— Del pavo también se come la cabeza!

* En nuestra «Historia de Calaññas» insertamos algunos parvos de esta epístola. El cronista de Gerona, en su obra *Historia histórico-monumental*, trata de talen la Epístola citada por nosotros. «Permitásemos, dice, dudar, no diremos de su autenticidad, sino hasta de su existencia, interin no podamos leerla por nuestros propios ojos» Puede leerla cuando guste en *Historia de Reinaldo*, y traducida del latín en la *Historia de Calaññas* por Finestres, tom. II, pág. 277.



NAUFRAGIO DE UN PALUDERO DE PESCADORES EN LA COSTA DE HENDIDORN.

El chico ha comido cabeza de pavo, y porque en una fórmula nada artificiosa revela su agradecimiento á lo que le resacó el paladar y le nutrió más ó ménos, ha de padecer como si hubiese incurrido en la fea nota de ingrato.

La familia discute en alta voz sobre la manera de proporcionarles los manjares más baratos y nutritivos.

El niño les acompaña á una visita. La señora de la casa le ofrece al chico una yema.

—¿Te gustan las yemas, hijo mío?

—Sí, señora, pero...

—¿Pero qué?

—Que mamá dice que eso no alimenta.

¡Qué castigo, pobre mamá!

Así se pone ella encendida como una grana, y, si puede, hace como que no ha comprendido bien; pero en llegando á casa....

El niño con una sola mirada comprende que se prepara tempestad.

—Mamá, me ha dicho Miguelito, que si quiero me dará un gato.

—No tenemos casa para gatos, hijo mío.

—Anda, mamá; que es muy mono: el de Miguelito es blanco y ese también. Anda... ¿quieres?

—Te he dicho que no.

—¿Si vieras, mamá.... Miguelito y yo tendríamos gatos iguales!

—Pero hijo mío, al gatito había que darle sopas de leche y despues, más adelante, comprarle un cuarto de cordilla todos los días... vamos, no puede ser.

El pobre chico se queda cabizbajo y al cabo de un rato dice:

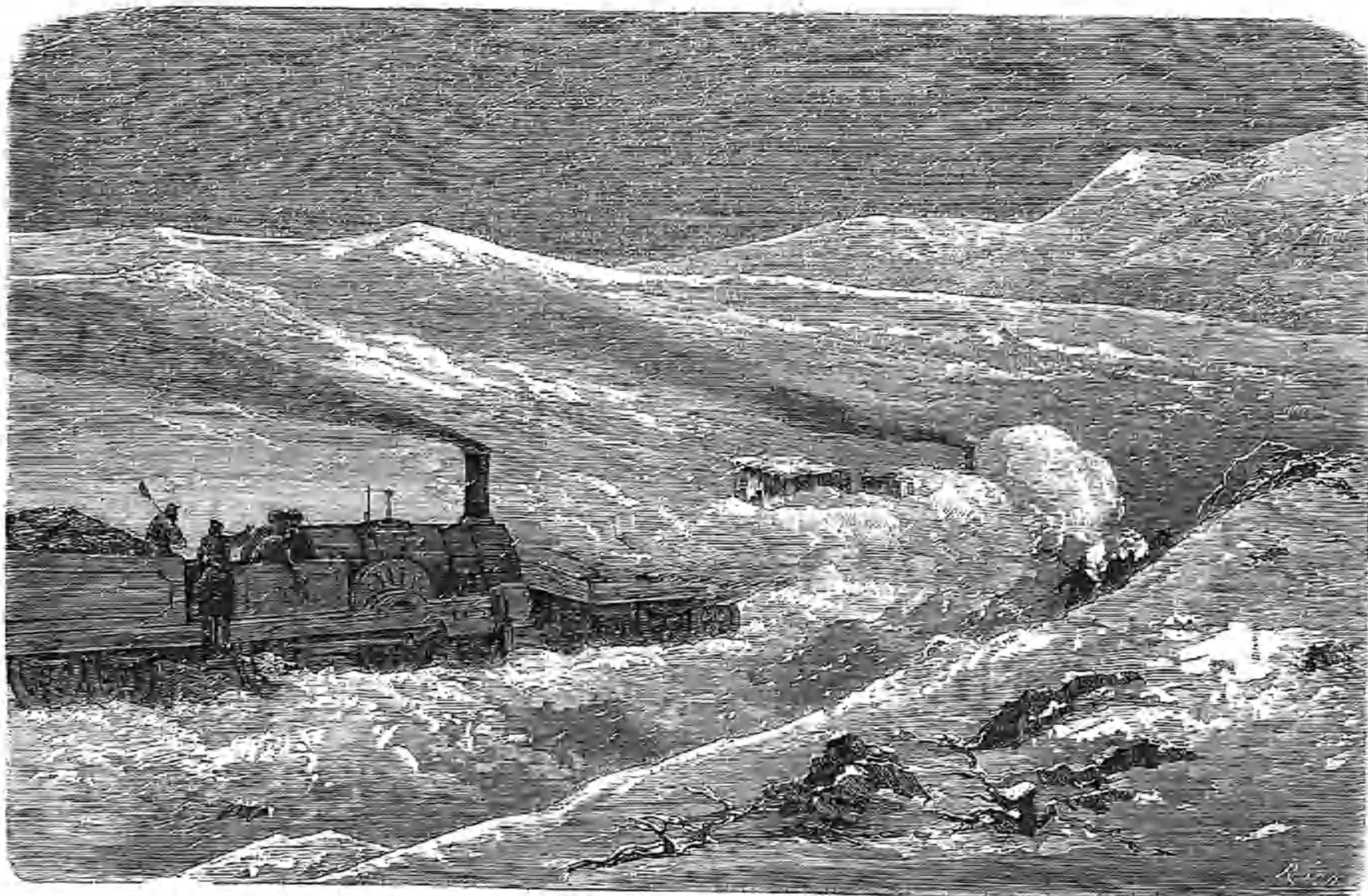
Y lo dice de tal manera, con tal acento de gozosa convicción, que todos los circunstantes se vuelven á mirar al niño y á sus padres, diciendo en mudas voces:

—Hé aquí una familia que come cabeza de pavo.

Los padres adivinan lo que el público ha adivinado, y ¡ay de las orejas del pobre muchacho en llegando á casa!

Y sin embargo, en presencia de un pavo, sea vivo, sea pintado, ¿qué otra cosa se le puede ocurrir al niño menesteroso, sino que es animal de grandísimos aprovechamientos?

Sus padres bendicen al Señor que conserva al niño la salud y el apetito; pero no siempre pueden satisfacerse.



INTERUPCION DE LA LÍNEA FÉRREA DEL NORTE CAUSADA POR LAS NIEVES ENTRE NAVAI-GRANDE Y ÁVILA.

—Voy á llamar á Miguelito para que me dé un gato que coma de todo, como nosotros.

Ante esa alarmante fórmula, próxima á escandalizar al vecindario por la ventana del patio, la madre cierra el paso al muchacho y le castiga haciéndole que estudie una hora.

El niño llama Miguelito á Miguelito, Ramón á Ramón, Julian á Julian; pero á cierta niña del barrio, nunca la llama por su nombre: sólo sabe llamarla la hija de la prestamista ó la de la casa de empeños...

Así revela á todo oyente el género de relaciones que sus padres tienen con los de la muchacha, y así se procura las más severas reprensiones cada vez que repite en particular lo mismo que oye decir.

Así crece, así se cria encojido, receloso, teniendo que reprimir todos sus naturales movimientos; forzado á adoptar de continuo ideas convencionales, á mentir para vivir, para ser bien quisto ó cuando ménos consentido por los que «tal vez andando el tiempo le hagan hombre», según la fórmula casera del menesteroso.

Un ademán, un movimiento hecho quizá con violencia, rompe el pantalón ó la chaqueta, prendas que permanecen inmutables, sin corresponder al desarrollo físico del muchacho.

—Pero, picaronazo, lo dice con formalidad la madre; ¿cómo te has atrevido á romperlo en ocho días! ¡Hasta ahora lo había llevado tu padre y aún pare-



EL GENERAL PUELLO.

cia acabado de sacar de la tienda!

Y el pobre chico llega á persuadirse de que todo pantalón usado largo tiempo por un padre, debe servir con igual fidelidad é integridad al hijo.

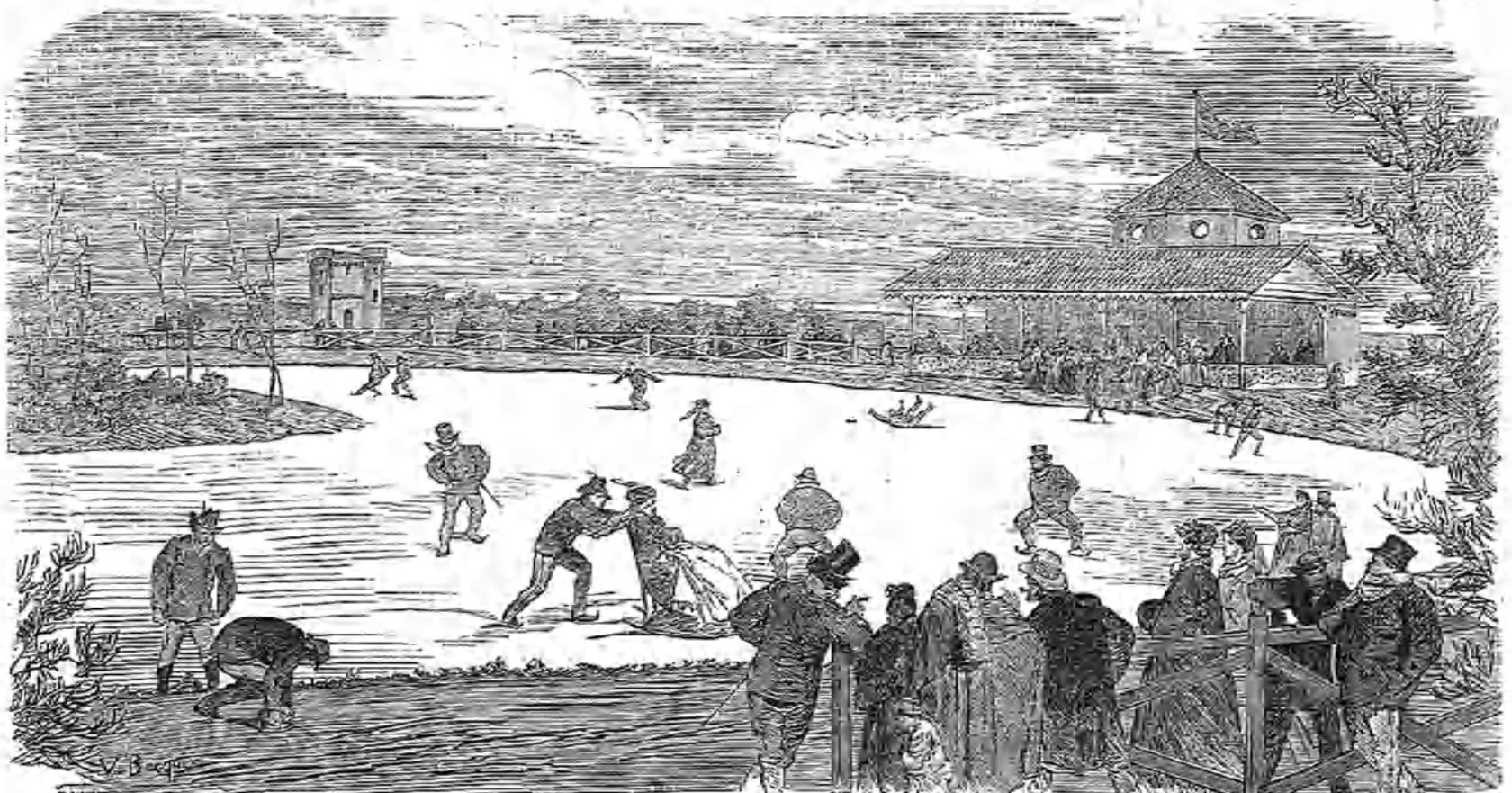
Y esta y todas las demás preocupaciones que va adquiriendo, las conserva para siempre; de manera, que cuando es padre á su vez y sus hijos estropean la ropa, exclama con verdadera pena:

—¡Qué chicos, señor, qué chicos! ¡Cuando yo era muchacho, me duraba un pantalón años enteros!...

Pero entonces ya no es nuestro tipo: ya es el hombre que se quita cuidadosamente la grasa del cuello del gabán con el agua contenida en el mismo frasco de que se servía su padre; ya es el que padeca en público, porque oye á su hijo incurriendo en las espontaneidades que mortifican; ya es el que cerrando el puño dice al mayorcito, que tiembla de verle:

—Mira, el día que delante de nadie vuelvas á decir que comemos arroz de á diez, te ha de repelar las orejas: ¿lo entiendes? Se dice comemos arroz, arroz, nada más que arroz, ¿estás? Y si no, yo te pondré. Ahora, anda, y que vuelvas volando. Trae media libra de arroz de á diez. De la peseta te han de devolver veinte y nueve cuartos: cuéntalos. Anda, ¿has entendido? (Media libra de arroz de á diez!)

ROBERTO ROBERT.



EL LAGO DE LOS PATINADORES EN EL BUEN RETIRO, HOY PARQUE DE MADRID.

LA CASA DE LOS SEÑORES DE CASTRIL

EN GRANADA.

Entre los muy notables, aunque no abundantes monumentos del renacimiento que ostenta Granada, verdadero museo de antigüedades árabes, se distingue la casa de los señores de Castril, al terminar la *Carrera de Darro*, poco antes de llegar á la iglesia consagrada á San Pedro y San Pablo.

Ofrecemos á nuestros lectores el grabado de este edificio, copiado de una fotografía que se hizo para nuestro periódico, desde la plazuela de San Pedro, cuya verja se interpone en la lámina, á la parte baja de la fachada.

Como revela la simple inspección del grabado, la fachada de este edificio está constituida por tres cuerpos de arquitectura superpuestos. Las jambas y el dintel y los capiteles de las dos columnas estriadas están profusamente adornados con piezas de armaduras, querubines y conchas de bivalvas.

El cuerpo intermedio, decorado con dos pilastras y otros preciosos adornos, que lo terminan en sus dos lados, está dividido en dos partes por una faja moldurada. En la mitad inferior, cuatro ángeles sostienen dos escudos heráldicos; en la superior, ocupando el medio punto, observáse un fénix sobre el fuego, y en las enjutas, dos leones. El cuerpo superior está dividido en tres partes por dos pilastras intermedias: en los entrepaños hay esculpidos medallones con sendas figuras humanas de medio cuerpo, y ángeles que ostentan libros en las manos, y en las pilastras y en los lados de éstos, coronas de laurel y otros preciosos adornos. Sobre el balcón se ven grabados los números 1529, fecha en que debió concluirse la obra.

En la esquina del edificio hay un balcón de ángulo, adornado á la manera que el resto, y sobre el dintel angular, grabado en la piedra, este letrero:

ESPERANDO LA DEL CIELO.

Este letrero y este balcón, hoy tapiado, han sido objeto de varias conjeturas.

Quién cuenta que los Reyes Católicos, estimando los preclaros servicios de su secretario Hernando de Zafra, le instaron á que les pidiera una merced que de antemano le concedían; á lo que contestó el noble caballero, teniendo en cuenta la natural obligación de servir á sus señores, propia de todo buen vasallo, y su ancianidad, que, después de tantos favores recibidos en cambio de los pequeños servicios que tuvo la fortuna de prestarles, *«nada ambicionaba, que, en cuanto á merced, el tiempo que le quedaba de existencia pensaba consagrarlo á obras de verdadero cristiano y á vivir»* ESPERANDO LA DEL CIELO.

Otra versión, aunque menos verosímil que la anterior, como contraria á las costumbres de aquellos tiempos y á la innegable honra de tan esclarecida casa, corre acerca de esta misteriosa leyenda.—Cuenta esta segunda tradición, que es la popular, que D. Hernando de Zafra tenía una bellísima hija, secretamente enamorada de cierto joven hidalgo perteneciente á una familia rival ó inferior en clase á la de D. Hernando. Que éste sorprendió al apasionado mancebo en la cámara de su hija; que el hidalgo huyó, y que hallando al anciano á su paje, protector de aquellos amores, y confundiéndolo con el autor de su deshonra, lo condenó á ser ahorcado desde el balcón, aunque el paje protestaba una y otra vez su inocencia y que, implorando piedad, le contestó el ofendido padre, ciego por la colera, al hacerlo suspender del balcón:

— ¡Quédate ahí ESPERANDO LA DEL CIELO!...

La balcon tapiado para colocar un altar en la habitación á que corresponde, y un letrero, emblemas de la sembrada piedad de nobilísima familia, han sido, dignos así, los inocentes factores de una calumnia tradicional. Cúmplenos decir que este cuento se fantaseó en nuestros días, en el primer hervor del romanticismo.

¡Extraños caprichos de la suerte!

¡Cuántas veces, cambiados los datos, se ostentaron como títulos de nobleza verdaderos padrones de ignorancia!

Esta casa está limitada á la diestra por una pequeña plazuela y á la siniestra por la calle de Zafra, que debe su nombre á un inmediato convento de monjas.

Los señores Reyes Católicos habían hecho merced á Hernando de Zafra de la facultad que tenían de Su Santidad para fundar un convento de religiosas en la Alcazaba de Granada. Esta fundación fué la del convento que hoy llamamos de Santa Isabel la Real, que los señores de Castril edificaron, estando ya casi concluido, á la Reina,

y en lugar de éste, en un notable palacio morisco que poseían cerca de su casa, establecieron el convento de dominicas de que hablamos, y que aún se conserva con el nombre del convento de Zafra *, del cual es hoy dignísima patrona nuestra distinguida amiga la excelentísima señora Marquesa de los Arenales y de Morante, propietaria á la vez de la casa solariega de Castril.

Este notable edificio está hoy habitado por *Las hermanitas de los pobres*.

El autor de estas líneas, cada vez que pasa cerca de la casa fundada por el piadosísimo secretario de los Reyes Católicos, no puede ménos de leer, una en pos de otra, estas dos inscripciones que ostenta en su fachada la casa de que nos ocupamos: una grabada en la piedra, al mediar el siglo XVI, por un hidalgo caballero; la otra trazada recientemente sobre la pared con tinta negra.

Sobre el balcón angular:

ESPERANDO LA DEL CIELO.

En la planta baja:

LAS HERMANITAS DE LOS POBRES.

Ambas leyendas nos parecen inspiradas por un mismo sentimiento.

MANUEL DE GÓNGORA.

MUERTE POR DECAPITACION.

[En instantánea la muerte por decapitación.]

En un periódico francés, el *Courier*, ha publicado el Dr. Pínel una carta, en la que se propone probar que el infeliz guillotinado no muere instantáneamente; que el tronco separado de la cabeza vive todavía por algún tiempo, sin que pueda revelar por carecer de medios para ello; y que no sólo vive también por espacio de tres horas la cabeza, sino que piensa y tiene conciencia de su horrosa situación.

Al desenvolver y sostener su peregrina tesis, empieza el citado doctor suponiendo que, cuando el célebre Cabanis presentó su informe á la Constituyente (año IV) acerca del suplicio de la guillotina, obró más en su ánimo la hombría de bien que la ciencia; el laudable fin de tranquilizar á los parientes de las víctimas, que la convicción favorable á la instantaneidad de la muerte ejecutada con aquel aparato horrible. Dice además que en aquella época sólo se habían estudiado superficialmente las enfermedades del cerebro, y que el progreso de la psicología y de la fisiología permite y obliga á opinar de otra manera.

No nos sorprende la singular opinión del Dr. Pínel. Lo que sí extrañamos es que pretenda apoyarla en el progreso de la psicología y fisiología, y en el más profundo estudio de los padecimientos cerebrales. Vamos á seguirle en sus razonamientos, y esperamos demostrar hasta la última evidencia que, *«a los continos de ejecución de la decapitación, no vive el tronco, ni piensa la cabeza del infeliz decapitado»*.

I.

Comencemos por sentar algunas bases fisiológico-psicológicas, tomadas de la fisiología moderna.

Desde los tiempos de Cabanis, contemporáneos de Richat, la vida está dividida en funciones orgánicas y funciones animadas; que es, como si dijéramos, en funciones de nutrición, debidas todas al movimiento molecular de asimilación y desasimilación continuas, y funciones de relación, constituidas por las de la sensibilidad, inteligencia, voluntad y movilidad, las cuales forman los elementos de la conciencia.

La vida orgánica ó nutritiva está bajo la inmediata dependencia del sistema nervioso ganglionar, ó gran simpático (situado principalmente en el cuello, pecho y vientre), sin que por eso sea independiente en absoluto de la influencia cerebro-espinal, puesto que, sin la acción, sin el influjo de los centros cerebrales y espinales, la vida orgánica no es posible en el hombre.

La vida de relación, la vida de la conciencia ó psicológica depende inmediatamente del cerebro, cerebelo, y sus ramificaciones nerviosas, destinadas á la sensibilidad y al movimiento muscular ó dinámico.

En ambas vidas existe un movimiento molecular, en virtud del cual las células, elementos orgánicos primitivos de todo tegido y órgano, se nutren, tomando del plasma que las rodea, ó sea de la sangre, los elementos

nutritivos que cada una necesita para su formación y conservación y para desempeñar la función vital correspondiente ó respectiva.

Ese movimiento molecular se debe á la propiedad que tienen los elementos químicos de esas células para efectuar sus combinaciones con los de la sangre, y en especial con el oxígeno respirado, de lo cual resultan los elementos histológicos de que cada una se compone, y del conjunto de aquellos y su modo de organizarse nace la especial función de cada una de esas células, tegidos y órganos, y la naturaleza de sus productos.

En la vida orgánica ó de nutrición no hay más actividad que esa puramente molecular, siquiera tome luego diferentes formas, y sean las funciones orgánicas varias, y elaboren sus órganos diversos productos materiales para realizar todos los actos que la vida nutritiva necesita.

En la vida de relación, en las células de los órganos de la conciencia, además de la propiedad de nutrirse, de obedecer incesantemente al movimiento molecular, existen ciertos automatismos espontáneos que les consienten desempeñar funciones de otra índole, consideradas por muchos como manifestaciones del espíritu.

Hay el de las células periféricas de los nervios de la sensibilidad, por el que reciben la impresión de los objetos exteriores, y por medio de fibras que emergen de ellas, transportan esa impresión á los centros espinales para los fenómenos de reacción inconsciente, y á los centros cerebrales para los actos conscientes.

Hay el de las células de los centros contenidos en los *tálamos ópticos* (porción del cerebro), que son el verdadero *sensorio*, donde las impresiones exteriores ó impulsos centrípetos se hacen *sensaciones*, las que por medio de fibras que proceden de sus centros, van á estimular las células que componen la capa más exterior de la sustancia gris de las circunvoluciones cerebrales, donde residen los órganos del entendimiento.

Hay el de las células de esos órganos, por el que se realizan las percepciones ó ideas objetivas particulares y las ideas subjetivas ó generales, y toda asociación de unas y otras, los recuerdos y las creaciones del ingenio.

Hay el de las células de otra capa media, á donde va á parar la acción de las ideas, en virtud de la cual se efectúan las conmoviones morales, las voliciones, los deseos ó repugnancias, relativos á cada uno de los numerosos instintos y sentimientos de que está dotado innatamente el hombre, y que constituyen el sentido *conmoveredor*, ó *Gemüth* de los alemanes.

Hay el de las células de la capa más interior de dicha sustancia gris, por el que, recibiendo el impulso de los órganos de la voluntad, ó de los instintos y sentimientos, envían el suyo al *cerebro estraido* (otra porción del cerebro), que es á los impulsos centrípetos ó íntimos lo que los *tálamos ópticos* á los exteriores ó centrípetos.

Hay, por último, el de las células del *encéfalo estraido*, de donde parte el impulso de los movimientos voluntarios ó conscientes, el que, auxiliado por el influjo del cerebelo, determina el juego del aparato locomotor y la palabra, para la realización y manifestación al exterior de las voliciones y demás actos de la conciencia libre.

Así como los órganos de la vida orgánica, además de nutrirse, desempeñan diversas funciones inconscientes, sin transportar su peculiar actividad material más allá del recinto donde obran, ó del todo cerrado que constituye el ser, reduciéndose á la formación y conservación del mismo; los de la vida de relación, además de nutrirse como aquellos, nos ponen en comunicación con el mundo exterior, nos hacen tener conciencia de nosotros mismos, y de ese mundo, del *yo* y del *no yo*, como diría Fichte, y revelan su actividad y poder íntimos con hechuras de innumerables formas, que representan en el espacio la existencia y fin de las funciones animadas.

La vida orgánica, más vasta que la psicológica, puesto que abraza no sólo todo el reino animal, sino el vegetal, es la primera que aparece en el mundo biológico; esa vida es posible sin la psicológica; allí están las plantas para dejarlo fuera de duda; pero la psicológica no es posible sin la orgánica; esta es la condición más necesaria y *sine qua non* de aquella.

La vida orgánica se sostiene y prosigue, siquiera se suspenda por intervalos ó para siempre la psicológica. En la asfixia, en el síncope, en la apoplejía, en la congestión y conmovión cerebral, en varias afecciones nerviosas, en los letargos tóxicos, en la anestesia producida por el cloroformo, éter y demás anestésicos, en la idiocia, en el claustro materno, ó vida intrauterina, en el sueño profundo, etc., no hay conciencia, y sin embargo la vida orgánica se sostiene. Por el contrario, si se pierde ó suspende la vida orgánica del cerebro, cere-

* Documento referendado por Hernando Alvarez, de Zaragoza, fecha 1593, archivo de la casa de Arenales, pieza Núm. 15, legajo Núm. 2.

belo, y sus dependencias, si se pierde ó suspende la respiración y la circulación de la sangre, acto continuo queda suspensa la vida psicológica; el sujeto no tiene conciencia de lo que le rodea, ni de sí mismo.

Para que haya vida orgánica en el hombre, además del concurso armónico, del auxilio recíproco de todas las funciones y de la influencia cerebro-espinal, es de todo punto indispensable la respiración, la circulación de la sangre y el ingreso, en el torrente de ésta, de los elementos alimenticios, producto de las funciones digestivas, si bien esto último no es tan inmediatamente necesario.

Si no hay respiración, el corazón se para, y si cesa definitivamente de latir por seis segundos, el sujeto deja de existir; ha perdido para siempre toda aptitud á la vida. Si el corazón se para ó late tan débilmente que apenas impulse la sangre, las funciones anímicas se niegan las primeras á ejercerse, y la conciencia cesa acto continuo. El hombre deja de ser *compos et concius sui*.

Si no hay respiración, el oxígeno del aire no se espanta por el cuerpo, ó la economía, pasando al través de las celdillas bronquiales al torrente circulatorio, no eleva los principios alimenticios, que lleva la sangre, á mayor grado de desarrollo orgánico y nutritivo, por medio de mayores grados de oxidación. La sangre venosa no se hace arterial, y no sólo se detiene y queda comprometida la vida psicológica, que es la más intrasigente, en punto á las cualidades de la sangre, sino también la vida orgánica, la que, si ese estado se prolonga, sigue el ejemplo de la psíquica.

Sin la acción permanente del oxígeno respirado, la albúmina, que entra en el torrente sanguíneo por la subclavia izquierda, procedente de las metamorfosis de los principios albuminóideos durante la digestión, no pasa á grados de combustión cada vez más elevados; no hay formación de fibrina, ni de los demás compuestos llamados por Mulder óxidos superiores de aquel principio proteiforme: *no hay asimilación*.

Tampoco hay cambio de la albúmina en materias reductibles á cola; de los elementos plásticos en creatina, en ácido úrico, en urea y amoniaco; ni de los adipógenos en agua y ácido carbónico: *no hay desasimilación*. Falta, pues, la vida orgánica. Tarda más en extinguirse que la psicológica, pero se extingue y pronto.

Ahora bien. Sentadas esas bases fisiopsicológicas, tomadas de la fisiología moderna y psicología positiva, que es la que priva actualmente entre los hombres de la ciencia, hábitos de la esterilidad fastuosa de la psicología metafísica, y la que explica los enigmas de la patología cerebral; apliquémoslas á la cuestión que nos ocupa, y empecemos por ver qué vida puede haber en el tronco del infeliz guillotinado.

PEDRO MATA.

(Se continuará.)

GALAS DE MADRID.

UN DRAMA OCULTO DE LOPE.

Conclusión.

VII.

LOPE Á INÉS.

— Desde el lecho en que me tiencen
Mi pena y tu desventura,
Te escribo, Inés desdichada,
Lleno de mortal angustia.
Que siendo tan grave el caso
Y tu ofensa tan oculta,
Quisiera que la ignorasen
Hasta el papel y la pluma.
Tres noches llevo de insomnio,
Tres noches de brega y lucha
Entre el amor que te tengo
Y entre el dolor que me abruma.
La ofensa de tí me aparta,
El amor á tí me empuja,
Y en este combate fiero
Llora el amor, mas no triunfa.
Ofensas que al honor tocan
(Y al honor toca la tuya)
Puede un amante vengarlas,
Pero consentirlas, nunca. —
Sé que la traición no infama,
Que la vileza no injuria,
Que en estos casos la mengua
Es del que infiere la culpa.
Mas sé también que si un hombre

Acepta ofensa tan cruda,
Mengnado, cobarde y torpe,
Toda la infamia haces aya.
En matar pienso al villano
Que así tu vida atribula;
¿Mas qué gano en provocarla,
Si ántes la causa divulga?...
Lograré sólo en matarlo
Castigar su hazaña impura;
Mas tu deshonra ante el mund
Quedará fuera de duda. —
Si á traición le arranco el alma,
Por más que contigo cumpa,
¿No se alzaré en mi conciencia
La voz que al crimen acusa?
¿Cómo dormiré en tus brazos,
Sin que á mi memoria acuda
El recuerdo de esa noche
Que en mi mente se dibaja?
Querré estrecharte en mi seno,
Besar tu boca de púrpura;
Contemplarme en esos ojos
Que de amor mi pecho inundan;
Y al recuerdo de ese agravio,
Que me avergüenza y conturba,
Sentiré hallar en tu boca
En vez de tu amor, ciente.
Dios de mis celos te libre,
Dios te libre de mis furias,
Que hay horas en que los celos
Son como serpientes sañudas;
Y aunque te juzgo inocente
Y te considero pura,
Si al despertarse en mi pecho
Con rabia mi saña azuzan,
Aunque llorando gritases
Al cielo pidiendo ayuda,
Tal vez mis brazos te ahogaran
La noche de nuestras nupcias. —
Para evitarme tal crimen
Y evitarte tal tortura,
Forzoso es, Inés, que en ambos
Toda esperanza concinye.
Cuando, há tres noches, tu puerta
Se cerró tras mi fortuna,
Besé el muro de tu casa
Con hondísima amargura.
Loa juzgué aquella rapia,
Tomé tu jardín por tumba,
Y en él dejé para siempre
Mis esperanzas difuntas.
Para siempre, nó; ¡mal dije!
Que áun Dios, por su gracia suma,
Puede dejarte algún día
De tu infamador viuda.
Si esto ocurre, Inés del alma,
¿Y permita Dios que ocurra!
Llama á gritos á tu Lope,
Que aunque la tierra le cubra,
Nuevo Lázaro, á tu acento
Saldrá de su sepultura. —

Recibió Inés esta carta,
Leyóla espantada y muda,
Y luego arrojando un grito
Cayo al suelo moribunda.

VIII.

(CONCLUSIÓN.)

Allá en la calle de Francos,
En el jardín de su casa,
Después de regar sus flores
Á la sombra de unas parras,
Cuando ya la vejez fría
Ornaba su sien de plata,
Esta dolorida historia
En muestra de confianza
Á su amigo Alonso Perez
Contó Lope una mañana.
Al terminar su relato
Lanzó un suspiro del alma,
Como el eco misterioso
De una voz triste y lejara. —
—¿Qué fué de Inés?... Dijo Alonso;
Y Lope con risa amarga
Murmuró: — « Á los pocos años,
La vi en el Prado, y casada. —
—¿Con Ataide? —

—No, con otro.

—Vive Cristo que me extraña!
—¿Por qué así? repuso Lope:
Tal es la flaqueza humana;
Todo lo destruye el tiempo,
Todo en la vida se acaba.
—¿Ejemplo triste es por cierto!
¿Por qué no haceis una farsa
Que convertida en comedia
El mundo admire y aplanda:
—No, Perez; repuso Lope:
Asuntos de esta importancia
Buenos son para sentidos,
No para sacarse á plaza.
Flores son de nuestra vida
Glorias de la edad dorada,
Quion tales secretos vende,
Sus propias dichas profana.
Cuando el seso evoca triste
Estos risueños fantasmas,
¿Ay! parece que la vida
Nuevamente se restaura,
Y que áun pueden realizarse
Las perdidas esperanzas.
—Pobre Inés! Áun su memoria
Todo mi espíritu encanta:
Cuánto la amé, Alonso Perez!
¿Cuánto la amé! — Dios me valga! —
Y refrenando un suspiro
Y conteniendo una lágrima,
Dando á su voz otro tono
Y otro giro á sus palabras,
Exclamó: — « Vamos arriba,
Vamos, Perez, á la sala,
Que ya la mesa está pronta
Y en ella el almuerzo aguarda. »

A. HURTADO.

ANTIGÜEDADES PREHISTÓRICAS.

CARTAS ACERCA DE ALGUNOS NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.

SEGUNDA.

Sres. D. Aureliano Fernandez-Guerra, D. Eusebio Saavedra y D. José Moreno Nieto.

Mis queridos amigos: Las recientes investigaciones en la inagotable Cueva de los Murciélagos han producido el encuentro de una multitud de objetos que guardo con el anhelo que deben Vds. presumir.

El índice sumarisimo de estos objetos va á llenar la presente epístola, que será una especie de paréntesis entre las demas.

Enemigo de escribir por metros, partidario de la concisión y tenaz é impenitente en mi sistema de evitar digresiones, para dejar á mis lectores la entera libertad de sus juicios, esta carta debe ser necesariamente mucho más árida que las demas.

Entre los objetos recientemente encontrados en la Cueva hay varios calzados, telas y gorros de esparto; unos semejantes y otros distintos de los ya publicados en mi libro; pedazos de cascotes ó de escudillas de madera que aún ostentan los cordones de esparto con que se ataban á la barba ó se llevaban pendientes y con agujeros que pudieron sujetar alguna insignia; restos de vasos de barro, varios de ellos con dibujos ó con formas nuevas; multitud de teas que debieron usarse, pues que tienen quemado uno de sus extremos; pedazos de madera, labrados y sin labrar, uno de ellos (Fig. 1.^a) con agujeros simétricos; el pedazo de una, al parecer, ajorca de piedra; un hueso que pudo ser cuchillo, con dos agujeros y adornos (Fig. 2.^a); restos de plantas tuberculosas, huesos de mamíferos y de aves; pedazos de huesos fósiles; armas de piedra: dardos con caña de carrizo, fortificadas sus articulaciones con hojas de gramíneas cortadas longitudinalmente (Fig. 3.^a) ó con hilos de ovas ó otras plantas filamentosas (Fig. 4.^a), y todo barnizado con betun oscuro. Conservo la afilada punta de madera embetunada, de nueve centímetros de larga, que se introducía en el extremo de los carrizos (Fig. 5.^a); el pedazo de otra punta, rota como por su mitad (Fig. 3.^a), que mide diez y seis centímetros de larga; el extremo de una flecha, igualmente de carrizo, cortado longitudinalmente (Fig. 6.^a) y como para armarlo con una espina de pescado ó con una astilla de hueso sujeta con un esparto, pero sin bitum y atado con apresuramiento, sin el cuidadoso arte que los otros de que ántes hemos hecho mención, como que las unas eran fijas y la otra para renovarse en una cacería ó en un combate. El uso de estas flechas y dardos se concibe perfectamente dadas las cotas

de esparto (ANTIGÜEDADES PREHISTÓRICAS, Pág. 34); á tal sistema de defensa, tales medios de ataque.

A propósito de armas y abandonando mi empeño de no hablar sino de lo que he visto con mis propios ojos, daré aquí una noticia, confirmación de otras anteriores, que debo á mi ya citado amigo, el señor D. Patricio Manzano.

Cada una de las doce momias que rodeaban á la mujer de que hablo en las páginas 30 y 31 de mi libro, tenía, entre el traje de esparto y en la parte derecha de su cuerpo, una navaja de madera, color de *algarroba brillante*, según la frase de mi amigo, cuya mitad sería de mango y la otra tenía sujetos en una hecudidura, con betún negro, una fila de pedernales en la forma que puede verse en la Fig. 7.^a (mitad del tamaño natural), hecha á la vista y con las noticias del Sr. Manzano.

¡Cuántas ciencias llamadas á concurso en estos descubrimientos! La indumentaria, la cerámica, los usos domésticos, las prácticas funerarias, el arte militar, la fauna y la flora primitivas, la geología, la paleontología!

Y ¡quién sabe si removiendo los peñones que obstruyen el paso de la Cueva de Albuñol, no parecerá la entrada de alguna nueva caverna jamás violada, y en ella andáranse enteros con sus trajes de esparto y sus armas y sus costumbres funerarias!

Los últimos felices descubrimientos del Barranco de las Angosturas han producido además el hallazgo de dos cráneos; uno de mujer como de diez y seis años que carece de maxilar inferior, y en cuya región lateral izquierda se encuentran grandes porciones del cuero cabelludo momificado y adherido al mismo cráneo. Véanlo ustedes fotografiado (Figura 8.^a), para poder medir en lo posible el ángulo facial de Camper. El otro cráneo está incompleto, y es de hombre como de veinte á veinticinco años (Fig. 9.^a).

Y ya que de cráneos hablo, debo decir á Vds. que también he hecho descubrimientos en el campo de la Ermita de Santa Cruz, de que hablo en las Pág. 111 y siguientes de mi ya citado libro.

Allí recogí las tres calaveras más notables que encontré.

La primera es de hombre de unos treinta y cinco años; su superficie exterior está muy maltratada (Fig. 10).

La segunda es también de hombre como de unos cuarenta años, y es muy notable por su buena conformación (Fig. 11); pero debe advertir que el maxilar que ostenta es de otro cráneo.

La tercera, también de hombre, como de sesenta años, tiene sumamente deteriorada la lámina compacta de los huesos que la forman (Fig. 12).

El borde alveolar superior, en su región

lateral izquierda y molar, se ha borrado totalmente, desapareciendo los alveolos, así como en el lado derecho en la región correspondiente á los tres primeros molares.

En la mandíbula inferior de este cráneo obsérvanse, en la parte posterior de la mitad derecha del cuerpo del maxilar y primera porción de la rama del mismo lado, indubitables rastros de osteitis rarefaciente. Además han desaparecido los alveolos de sus tres últimas molares en la parte correspondiente á este mismo lado derecho (Fig. 13.).

Descubierto al sepulcro donde yacía este notable cráneo, se encontró el esqueleto, cubierta la mitad superior con una tela de paja, semejante á los tejidos hallados en los restos lacustres de Robenhansen en Suiza, de la cual sólo pude recoger algunos fragmentos, y un gran peine de madera, que ofrezco á ustedes fotografiado en la Fig. 13.

Consultado mi amigo y compañero el distinguido catedrático de anatomía de esta Universidad, doctor D. Aureliano Maestre de San Juan, me asegura que todos estos cráneos corresponden á los de los mismos parajes de que me ocupé en mis *Antigüedades Prehistóricas*.

Pero volvamos otra vez á la Cueva de los Murciélagos.

¡Cómo no esperar, en vista de los fósiles de que ántes he hablado, que cavando en el



UNA CALLE DE LA CIUDAD DE TOLEDO.



TAPIZ DE GOYA.—DEL MUSEO DE TAPICES DEL ESCORIAL.



subsuelo, no parecerian allí restos de razas anteriores? ¿Cómo no hacer exploraciones análogas en las numerosas cuevas de que hablo en mi libro, en la que hay en término de la Abuceña (Almería), donde había esqueletos humanos con adornos de paja; en la de la Sarra (Serón, Almería), donde se encontraron cadáveres con trajes y sombreros de palma y armas de cobre y de piedra? ¿Cómo no hacer reconocimientos en los Tajos de Caehn, como á una legua al Sur de Arenas del Rey (Alhama, Granada), donde, entre abundante guano, pareció el puchero fotografiado en la Fig. 14, cuya forma y cuyo barro es tan análogo á los de la Cueva de los Murciélagos, de Fréila y de Alcedia, que tiene tres ansas para suspenderlo, y detenidísimos dibujos hechos á mano, conteniendo un arma de piedra que conserva con el puchero?

Pero el esfuerzo individual no puede llegar á tanto.

En otros países, donde tan alta importancia tiene el espíritu de asociación, ya se hubiera formado una empresa y allegado los fondos necesarios para dar cumplimiento á este patriótico empeño: el resultado sería indudablemente satisfactorio. ¿Qué valen la ruina de una existencia y de una modesta fortuna como la mía para tamaña empresa? Y sin embargo, yo he obtenido no despreciables resultados. Cuántos y cuán fecundos no los alcanzarían el patriotismo y el esfuerzo de todos! Pero á esta esperanza es dolorosamente preciso renunciar en España, donde se desconoce por completo el espíritu de asociación científica.

Á nuestras Reales Academias tocaba de derecho animar tal empresa; pero estas gloriosas corporaciones se encuentran hoy, si bien, como siempre, animadas por la ciencia y por el mejor deseo, totalmente faltas de recursos.

Por la índole de nuestro carácter, por costumbre y por deber, al Gobierno corresponde dar vida á esta empresa, procurando medios, ofreciendo premios y recompensas; que no ha de ser condición indeclinable y forzosa de la ciencia la ruina de los que, con mejor intención que buen acuerdo, á ella se consagran en nuestra patria.

En España sobran hombres capaces de realizar este pensamiento; investigadores incansables, anticuarios, historiadores, etnólogos, naturalistas, antropólogos, como Hernandez Sanahuja, Tubián, Rada y Delgado, Escudero, Machado, Delgado, Assas, Fulgoso, Gil, Murguía, Maraver y el incansable y sábio catedrático D. Juan Vilanova, con otros ciento que no conozco ó que no recuerdo en este momento.

Algunos días pasados, Pedro, que desde que se metió á filántropo no salía de su casa ni aun para ganar el jornal con que se alimentaba, presentóse en el mercado de Valdesano llevando sobre sus anchas espaldas una gran carga de hortaliza, manjar que en las mesas de la aldea sólo se servía de Pascuas á Ramos, puesto que no habiendo huertas en muchas leguas á la redonda por falta de agua, era bocado caro para los pobres habitantes de aquella misera población.

—¿De dónde sales, Pedro? le preguntó uno de sus antiguos amigos.

—De la escuela donde estudio, contestó el interpellado, depositando en el suelo su carga.

—¿Te has echado á tratante en hortaliza? interrogóle el amigo examinando la mercancía. Más te valiera cavar como hasta aquí, que al precio que en Valdesano puede darses tu mercancía para no perder, no encontrarás muchos compradores.

—Es que yo vendo mi berza á la mitad del precio corriente y todavía gano, repuso Pedro.

—¿Y eso cómo puede ser, si en el punto en que la compras te cuesta más de lo que dices, y además es preciso que saques un jornal y lo que el porte cuesta?

—Así será, Curro; pero es lo cierto que vendo á como ves y que como digo salgo todavía ganancioso.

—¿Mas cómo lo haces?

—Estudiando, hijo, estudiando.

Momentos despues la mercancía de Perico estaba despachada, porque como la privación es causa del apetito todo el mundo quería berzas y ensaladas en el lugar, y nuestro héroe tornaba á su casa restregándose las manos, sin carga en las espaldas, pero con pesetas en el bolsillo.

Lo propio aconteció al otro día y en los quince siguientes. Al que hizo diez y seis, Pedro se presentó en el mercado aareando un asnillo, gordo y de pelo reluciente, que en un gran arcon llevaba lo que de ordinario su dueño sobre sus hombros conducía. La prosperidad de un comercio, cuyas utilidades bastaban á usar este medio de transporte, no fué ya dudosa en Valdesano; mas algunos que intantaron hacer competencia á Perico, vieron bien pronto que era imposible cosa, puesto que vendía su género á más bajo precio del que por él se pagaba en el apartado pueblo que lo producía. ¿Cómo esto podía ser y en qué estribaba el negocio del antiguo cavador de viñas? Hé aquí el problema financiero que durante muchos días preocupó á la alta banca de Valdesano, y que dió lugar á un sin número de suposiciones.

—Desengáñense Vds., decía Curro un domingo á la puerta de la iglesia: si esto no es como el cuento de las escobas, que venga Dios y lo vea.

—¿Qué cuento es ese, muchacho, preguntó el tío Antonio que en el carro estaba.

—No es cuento sino sucedido, y en Sevilla están los que lo vieron. Un hombre entró en la ciudad con una carga de escobas gritando: «¡Escobas, escobas, á dos reales la docena; que no hay quien me gana á dadas baratas!» «¡Escobas, escobas á real la docena; que más baratas las doy yo», sintió que gritaban á su espalda.

—Compadre, dijo el primero, explíqueme V. este negocio. Yo robo las palmas y la caña, y vendiendo á dos reales aún gano poco con las escobas. ¿Cómo puede usted dadas á uno?

—Porque yo las robo hechas, contestó el segundo escobero.

Grandes carcajadas acogieron la maliciosa alusión de Carrillo; mas el tío Antonio, que aunque, según su dicho, no tenía letras, era un verdadero filósofo campesino, puso fin á la risa enarandosa con el narrador y diciéndole en tono nada pacífico.

—Lo que tú tienes, Curro, es que te come la envidia, y este es el cuento que no el de las escobas que has relatado. Perico ha sido siempre hombre de bien; y aunque eso no te constase, que si te consta, debíerato bastar para no tomarle en boca el saber que una santa como Melita le dá la conversacion y dice á todo el que la quiere oír que con el se ha de estar tarde á temprano. Cuando ella no le ha echado enhorramada, no habrá hecho él nada que de buen cristiano no sea.

—Así es la verdad, dijeron todos los circunstantes, que de los beneficios de Melita se acordaban.

—Caballeros, continuó el tío Antonio, mírese cada cual á sí y no se ocupe de lo que los otros hacen. Ese Perico es muy despierto de sentidos y Estudia le decían, por mal nombre, y claro se ve que ha estudiado.

Estas sentenciosas frases del viejo labrador pusieron término á las murmuraciones de Valdesano, y ya nadie se atrevió á suponer en voz alta nada que á la probidad de Perico atacase. Nuestro amigo, en tanto, sin apercibi-

á ser un nuevo dato para pintar con colores muy subidos los errores de todo un sistema colonizador.

Librenos Dios de hacernos apologistas de la esclavitud, y padir, como algunos han hecho, la conservación indefinida de este mal; pero al ver las acusaciones con que se nos condena, queriendo desfigurar las costumbres y el gobierno de aquellos países con epuuestas tiranías, no podemos menos de recordar la blandura relativa que ha distinguido á la esclavitud de las Antillas españolas de la que ha existido en las posesiones de otros países.

En ellas la diferencia de estado civil no constituía sólo la separación, el color era, y continúa siendo, causa también de diversidad, y los que tienen los mismos derechos, los que acuden juntos al ejercicio de la soberanía, son sin embargo objeto de menosprecio, aun para los republicanos yankees, que huyen de su tacto, los alejan de los puestos públicos y no llegan á concederles como hombres la consideración que les reconocen como ciudadanos.

España, por el contrario, desconoce esta diferencia, conserva, aunque con dolor, la institución doméstica, espía el momento de hacerla desaparecer de sus provincias ultramarinas; pero no crea en el color una nueva excepción en las leyes de la humanidad, extiende su protección sin distinción de razas, y utiliza á todos en servicio de la patria común.

Representante de esta conducta, testimonio de los propósitos del Gobierno, es sin duda D. Eusebio Puello, que figura entre los generales del ejército español.

Soldado en la Isla de Santo Domingo desde 1824, ascendió por sus merecimientos á los diversos grados de la milicia, hasta que el Gobierno haitiano estimó conveniente premiar su acierto, ascendiéndole al empleo de General de brigada en 1856, y al de General de división dos años despues.

Sus trabajos en pró de la anexión á España de aquella importante provincia, el valor con que combatió la rebelion que se desarrolló á poco, y particularmente los servicios que prestó en la acción del Guanes de Payas, hicieron que nuestro Gobierno reconociese en 1864 los empleos que desempeñó en Santo Domingo, le promoviera á Mariscal de Campo de los ejércitos nacionales, y significara la conveniencia de conceder á este bizarro militar la Gran Cruz de Isabel la Católica.

Posteriormente el General Puello obtuvo permiso para residir en Cuba, donde con motivo de la insurrección que aún agita aquella Isla, ha tenido nuevos motivos de demostrar la sinceridad del afecto que le inspira su patria adoptiva: comenzó desde luego á tomar parte en la persecución de los rebeldes, ayudado por su conocimiento del país y del carácter especial de esas guerras, consiguió más de un triunfo importante, y á la llegada del General Caballero fué nombrado Comandante General de Puerto Príncipe con el mando de operaciones, teniendo la fortuna de dominar uno de los puestos principales de la insurrección.

Por último, el telégrafo ha anunciado hace pocos días que el General Puello tomó con 1.200 hombres unas trincheras defendidas por 3.000, y estamos seguros de que las noticias detalladas, que llegaran muy en breve, serán una prueba más del valor y acierto con que dirige sus tropas en tan difícil campaña.

El ejército por su parte admira y respeta al General Puello, la autoridad superior de aquella provincia le elige para uno de los puestos más importantes, el Gobierno aprueba gustoso esta medida, y el pueblo todo aprecia como se merecen sus servicios, sin que la diferencia de color que le distingue altere en nada la consideración y alabanza que su patriotismo merece.

F. DE LAIGRESIA.

EL CAPITAL Y EL TRABAJO.

EGLOGA CONTEMPORANEA

POE

LUIS DE EGUILAZ.

(Continúa.)

A pesar del aparcamiento de no bandedir al que tal bien dispensaba á los que tenían que atravesar aquella zbrazada comarca en el rigor del verano, las bendiciones llovian sobre Pedro Estudia, de quien se sabía que aprovechando el pozo de su casa, había puesto una bomba de gran fuerza, cuyo coste sobre consumir sus ahorros le empuñaba para mucho tiempo, con el fin de prestar este tan necesario auxilio á las pobres campesinas y á los que tenían ganado en las cercanías.

Ustedes que han sido mis maestros ó mis consejeros generosos, y siempre mis buenos amigos; Vds., que reuniendo todos la ciencia, representan especialmente, uno la voz autorizada de las Academias extranjeras, el otro la influencia oficial, el otro la autoridad parlamentaria, están obligados, permítanme que se lo diga, á clamar uno y otro día en la prensa y en las Academias, en las regiones oficiales, en el Parlamento, si es preciso, para obtener este resultado.

¿No será criminal y vergonzoso para nosotros, que sean los extranjeros quienes describan las inscripciones de Albuñol y del Monte Horquera, de Puencaliente y de la Cueva de los Letrados? Permaneceremos indiferentes ante el movimiento, tan resuelto hoy en todas las naciones de Europa, en pro de los estudios prehistóricos?

Mucho lo temo, hoy que la política es el ídolo único de los españoles, y el centro de todas las esperanzas.

¿No será posible conceder alguna atención á esa modesta variedad del verdadero patriotismo que se llama amor de la ciencia?

En la siguiente tercera epístola procuraré no incurrir en los defectos que encontrarán Vds. en esta segunda, hijos legítimos de la aridez de la materia.

De Vds. siempre apasionado amigo, seguro servidor

Q. B. S. M.

MANUEL DE GÓNGORA.

Granada, 21 de junio de 1869.

EL GENERAL PUELLO.

Acha que es muy común entre nosotros admitir como válidas muchas apreciaciones que acerca de algunos períodos de nuestra historia se han hecho en el extranjero; y la pereza de examinar personalmente la exactitud de algunas afirmaciones, ó el prestigio quizá de autoridades respetables, influyen de tal modo en nuestros juicios, que no pocas veces nos hacemos eco de críticas severas, sin cuidar primero de rebusar datos y noticias que comprueben perfectamente la justicia de nuestras apreciaciones.

Bajo esta impresión se han juzgado por mucho tiempo los memorables sucesos del siglo XVI, con esta deplorable ligereza se comentó un reinado que principal de nuestra historia moderna, y sólo cuando una escrupulosa erudición analizó los documentos contenidos en las catacumbas de nuestros archivos, y estudió con detención el espíritu de aquella época, comenzaron á iluminarse puntos que parecían voluntariamente oscurecidos, y á verse los móviles que habían impulsado una política, que se creía hija sólo de un refinado despotismo.

Por desgracia no se ha extendido esta beneficiosa crítica á todos los hechos principales de nuestra historia: restan aún muchos errores que se conservan como axiomas para el vulgo de los doctos, y que sólo á merced de un estudio perseverante podrian quedar limpios de lo que ha fozjado á su alrededor la ignorancia y las preocupaciones.

La agitación política altera entretanto el sosiego que requieren estos trabajos, esteriliza toda actividad, y roba una atención que podría ser fecunda para la historia patria; así existen aún lagunas inmensas que nadie se ha propuesto aclarar, juicios convencionales y opiniones inmotivadas, que son obstáculos continuos de una verdadera narración.

En este caso se halla casi todo lo que se refiere á nuestra colonización en América; se acumulan crímenes, espulsiaciones violentas, injusticias horribles y privilegios onerosos, intentando presentar en esta forma los caracteres distintivos de nuestra colonización: de nada sirve que los códigos por que se rigieron aquellos países, casi desde su descubrimiento, las disposiciones gubernativas de las autoridades españolas, la elevación de ciudades poderosas y el establecimiento de nuestra raza con todos sus hábitos y tradiciones, sea un testimonio indudable de la índole civilizadora de nuestro sistema; la mayoría se deja arrastrar por las preocupaciones de otros cuantos, se dá por satisfecha con esta afirmación, la repite, aunque sin buscar las pruebas de su autenticidad, y de este modo llega á formarse, respecto á este asunto, la opinión histórica de la vulgaridad de los penadores.

Si por casualidad las circunstancias añaden á estos precedentes la tremenda desventura de la esclavitud, si la experiencia de los conflictos ocurridos en otros países detiene la abolición hasta hallar medio de resolver este problema sin causar perturbaciones en la sociedad, las declamaciones crecen, los excesos se exageran, y el odio del negro y el desprecio con que se le trata, vienen

birse de la curiosidad que su comercio despertaba, seguía llevando todos los días su carga de verdura al mercado, y todos los días tornaba á su choza con buena cosecha de pesetas en el bolsillo, alegre y de sí mismo satisfecho; y así hubiera continuado, aun cuando á sus oídos llegara el rumor de las hablillas de que era objeto, que de consuelo le sirviera la gratitud de los arrieros, que, merced á él, tenían agua para sus reatas, á la cual en vano intentaba sustraerse.

XI.

LAS VELADAS DE MELITA.

Entretanto Melita seguía remolando en su casa todas las noches á casi toda la población de Valdesuno, cada día más ansiosa de escuchar sus cuentos, y haciendo encajes en union de sus discípulos, á la viva luz del caliente hogar donde chisporroteaban inmensas brazadas de almarjos.

—Dios guarde á Melita y la compañía, dijo Pedro una noche, que tras de muchas de ausencia se presentó en la tertulia de su novia.

—Dios te guarde, Pedro Estadia, contestaron en coro los circunstantes.

—No me llames Pedro Estadia, sino Pedro Ynabz. Ya sé, Melita: los estudios concluyeron, y ahora ya no me falta más que recoger el fruto que dan.

—Pues recoge, hijo mío, recoge, que yo no me descuido, respondió la encajera sin dejar de mover los palillos.

—El año que viene, Melita, creo que podremos hablar de boda.

—Hablabamos, hijo, que á eso está naa. Mas echa almarjos en el hogar y siéntate si quieres á oír mis cuentos, que de aquí al año que viene hay muchos días que andar.

Perico obedeció en silencio con los ojos fijos en la hermosa cara morena de su novia, y la velada prosiguió tranquila y alegre como desde que Melita abrió sus sesiones solian ser las veladas de Valdesuno.

XII.

MISTERIOS.

Antes del amanecer del siguiente día, cuando el lugar entero aun entregado al sueño estaba, oyóse en sus calles el acompasado ruido de muchas carretas, que al lento paso de los graves y secundos buyes las atravesaban. Una vieja curiosa, de esas que nunca en los lugares faltan, dejando el caliente lecho y abriendo un postigo de su ventana, púsose á la husma y contó por la mañana á cuantos quisieron oírlo, que las carretas hicieron alto frente al caseron que Melita habitaba y que á la luz de un velon con que la encajera salió á la puerta, pudo ver que los carreteros la traspasaron varias veces sin carga alguna, y que salieron otras tantas con sendos sacos al hombro ó rodando barriles, que en sus pesados vehículos cargaron, prosiguiendo después silenciosamente su marcha. Mas la gente del pueblo, que bien sabía que en el granero de Melita no había trigo, ni vino en su bodega, atribuyendo el relato de estos hechos á chocheces de la vieja, dió el punto por suficientemente discutido, acordando pasar á otro asunto.

XIII.

¡ARBOLES!

Un fenómeno sin ejemplo en los anales de Valdesuno traía conmovidos y curiosos á aquellos de sus habitantes á quienes no había llenado de asombro. Por encima de la tapia que cercaba la heredad de nuestro amigo Pedro Fernández, veíanse algunas ramas llenas de verdes botones, que vivificados por los rayos de un sol primaveral, pronto se convirtieron en hojas. El soplo de la brisa llevó al lugar cantos de pájaros, nunca en aquella comarca oídos; que en ella hasta entonces sólo habían saludado los albores del día alondras y torteras y otras aves de esas que anidan en el suelo y saben vivir sin árboles como el pobre campesino de nuestras tristes llanuras.

XIV.

GACETILLA.

Si en Valdesuno hubiera habido periódicos, pocos días despues de este gran acontecimiento, en alguno de ellos se vería el suéto siguiente: *La apreciable encajera Manuela Gonzalez vá á contraer matrimonio con el distinguido casador Pedro Fernandez, alias Estadia. Ignórase aún si los esposos pasarán la luna de miel en la bella quinta que el segundo posee en esta pintoresca cam-*

paña. Pero este poderoso medio de publicidad que se llama lengua femenil se encargó, á falta de prensa periódica, de esparcir la noticia en algunas leguas á la redonda, y por esta vez al menos el periódico hablado venció al periódico impreso.

(Se concluirá.)

UNA CALLE DE TOLEDO.

Discurriendo al azar por entre el confuso laberinto de calles de la antiquísima ciudad de Toledo, el artista, el historiador y el poeta encuentran en los detalles de sus edificios, en los grandes nombres que conmemoran y el sentimiento que inspiran, el más curioso de los museos, la más interesante de las crónicas y la más pura fuente de melancólicas y altas inspiraciones.

El dibujo que damos á nuestros lectores, recuerdo de uno de estos paseos por las desiertas calles de la ciudad histórica por excelencia, es cumplida prueba de lo que dejamos dicho.

En el fondo se destaca sobre los redondos arcos del pórtico de una iglesia, cuya última restauración, se remonta al siglo XVI: la torre alta y airosa que en su tipo y ornato ofrece clara muestra del visible influjo de la dominación árabe. A un lado y contra el desahado paredón del ábside de un convento, se ve la cruz colosal que expresa con líneas más sobrias y grandes el mismo pensamiento religioso que llenó en una época de churriguerescos retablos las esquinas de las calles de nuestras antiguas poblaciones. Al otro, completa el cuadro el muro y la portada de granito de una noble casa, solar de un esclarecido linaje.

El artista no necesita preguntar el nombre de aquellos edificios, ni conocer las circunstancias de su construcción ó los sucesos de que han sido teatro, para encontrar un cuadro completo en la combinación de sus caprichosas líneas, su color y detalles.

Pero llega el historiador. El nos refiere que aquel templo fue primero mezquita de los moros, los cuales la conservaron dedicada á la celebracion de sus ritos aun despues de reconquistada la ciudad. Por él sabemos cómo más tarde se consagró al culto católico bajo la advocacion de San Roman, que hoy conserva, reedificándola y levantando un airosa torre mazarabe el célebre prócer castellano D. Esteban de Illán, el cual, ayudado de los Benavides y de otros caballeros de linajes ilustres de Toledo, en una noche del verano de 1168, despues de haberle sacado ocultamente de la villa de Maqueda, donde le criaban los señores del bando de los Castros, encerraron en ella al niño Rey D. Alonso VIII proclamándolo mayor de edad desde lo alto de sus ajimeces, en los cuales ananció ondeando el pendon de Castilla, mientras los heraldos anunciaban la nueva á la atónita población, que no esperaba que sus sangrientas disensiones tuvieran aquel rápido desenlace.

Esta es, nos dice luego, la casa del famoso D. Esteban, en la cual es tradición vivió así mismo el dulce poeta Garcilaso; el tiempo, al borrar el sello de las remotas edades del exterior del edificio, ha respetado en el interior una magnífica sala morisca, ornamentada conforme al gusto mazarabe tan usado por los conquistadores, y algunos escudos y timbres heráldicos que traen á la memoria el nombre de sus ilustres dueños!

Aquel ábside, añade por último, pertenece al convento de monjas bernardas de San Clemente, fundado en el siglo XII por D. Alonso el Emperador, y bajo cuyas bóvedas duerme el sueño de la muerte su hijo el infante D. Fernando.

¡Qué grandes proporciones, qué imponente poesía adquiere entonces á nuestros ojos aquella estrecha y solitaria calle que antes sólo se nos autojaba un cuadro pintoresco, y ya es una página viva de nuestra historia!

G. BECQUE.

NAUFRAGIO DE UN PALUCHO DE PESCADORES

EN LAS COSTAS DE BENIDORM.

A pesar de que durante la última quinceña los temporales no han sido tan frecuentes y violentos en nuestras costas, como podía temerse, tenemos que lamentar dos siniestros, en uno de los cuales han perecido nueve personas.

Cerca del islote de Escobrera, en Cartagena, sorprendido un palucho por una fuerte racha, vino á dar sobre la costa próxima, donde la mar lo volcó destrozándolo por completo. Su tripulacion, sin embargo, des-

pues de luchar, aunque inútilmente, con las olas durante algun tiempo, pudo ser socorrida y salvada, merced á la aparicion de un bote guarda-costa, que próximo al lugar de la catástrofe, no vaciló en ir á prestar ayuda á los desgraciados naufragos.

Posteriormente, en Benidorm (entre Dénia y Alicante), varios pescadores que se dirigian tambien en un falucho á echar las redes en una almadraba, al doblar el cabo de la Huerta se acercaron tanto á él, que el barco tocó en un bajo y quedó detenido. En este punto la mar que estaba enrespada y revuelta, comenzó á combatir el buque, de modo que los tripulantes casi tenían perdida la esperanza de sacarlo á flote y escapar así de la muerte. No obstante, lo mismo los pescadores que sus mujeres y algunos desgraciados niños que los acompañaban, cada cual en la medida de sus fuerzas, trabajaron durante algun tiempo luchando contra el furor de la borrasca; pero esfuerzos sobrehumanos de los pescadores, rezos de las mujeres y lágrimas y gritos de los niños, todo fué inútil: una monstruosa ola vino á estrellarse contra el casco, y destrozándolo y envolviéndolo, dispersó por entre las peñas á los infelices naufragos, que unos tras otros fueron pereciendo sin encontrar socorro alguno. Nuestro dibujo representa esta desoladora escena, imposible de pintar con palabras.

EL LAGO DE LOS PATINADORES

EN EL BUEN RETIRO, HOY PARQUE DE MADRID.

En el lugar correspondiente hallarán nuestros abonados la representación exacta del *Lago de patinadores*, recientemente construido en el Retiro bajo la direccion del Sr. Albarosa.

En nuestro número próximo publicaremos un detenido artículo sobre la historia del Buen Retiro, mejoras en él actualmente introducidas, y otras que pueden hacerse, y con este motivo daremos todos los detalles concernientes al grabado que origina estas líneas.

Hoy sólo diremos que el espacio circular del Lago mide ocho mil metros cúbicos. En la época de los hielos servirá para que los aficionados á patinar luzcan su agilidad y firmeza, atrayendo elegantes damas y ese mundo confortable, para quien el frio sólo significa una ocasion en que lucir costosas pieles. En Primavera, Verano y Otoño, el lago de Patinadores, cuya profundidad no pasa de una tercia en lo más intrincado de sus abismos, permitirá á la generacion menuda infantil, entregarse á periles juegos marítimos, sin temor á catástrofes y bajo la tierna mirada de los autores de sus dias ó la mercenaria y responsable de las ayaas y damas de compañía.

Habiendo tenido el Ayuntamiento la galanteria de permitir la entrada de carruajes, cuando las calientes brisas de la Primavera cubran de menudo césped y flores la isleta del centro y las pendientes del lago, que colocado sobre una altura domina el horizonte, aquel sitio formará un delicioso lugar de recreo y un paseo sin rival en Madrid, y con muy poca en otras capitales de Europa.

Pero nos extendemos demasiado. En nuestro próximo número procuraremos satisfacer á nuestros lectores, única aspiracion que nos anima y sostiene en la difícil tarea que hemos emprendido.

R. C.

CARTONES DE GOYA

SUSTENIDOS DEL PALACIO REAL DE MADRID.

No hace mucho hablaron los periódicos de la sustracion de seis cartones de los varios que pintó Goya para la coleccion de tapices que existía en el Pardo, y que posteriormente se ha trasladado al nuevo Museo de Tapices establecido en el Escorial.

La Direccion del Patrimonio que fué de la Corona, despues de practicar las oportunas diligencias así dentro como fuera de España para recuperar estos notables cartones, ha tenido la feliz idea de mandarlos reproducir, valiéndose para ello de los tapices en que se copiaron, á fin de que una vez conocido el asunto de los cuadros, se haga imposible su venta.

LA ILUSTRACION DE MADRID se ha apresurado á secundar este pensamiento, dando cabida en sus columnas á los dibujos que representan los citados cartones, comprendiendo que al par que ayuda á la publicidad del hecho, ofrece á sus lectores una nueva muestra del fácil talento y la gracia de uno de nuestros más populares pintores.

LA TUMBA Y LA ROSA.

(VICTOR HUGO.)

La tumba dice á la rosa:
—¡Qué haces, flor de los amores,
De las que el alba llorosa
Lágrimas de amor te dá?
—¡Y qué haces tú, lecho umbrío,
La flor á su vez pregunta,
De lo que á tu centro frío
A dormir por siempre vá?

—De esas lágrimas doradas,
Dice la flor, tumba triste,
En esencias delicadas
La miel convirtiendo voy.—
—Viva flor que el alba riega,
Dice la tumba, yo en tanto
De cada alma que me llega
Un ángel al cielo doy.

R. SATORRES.

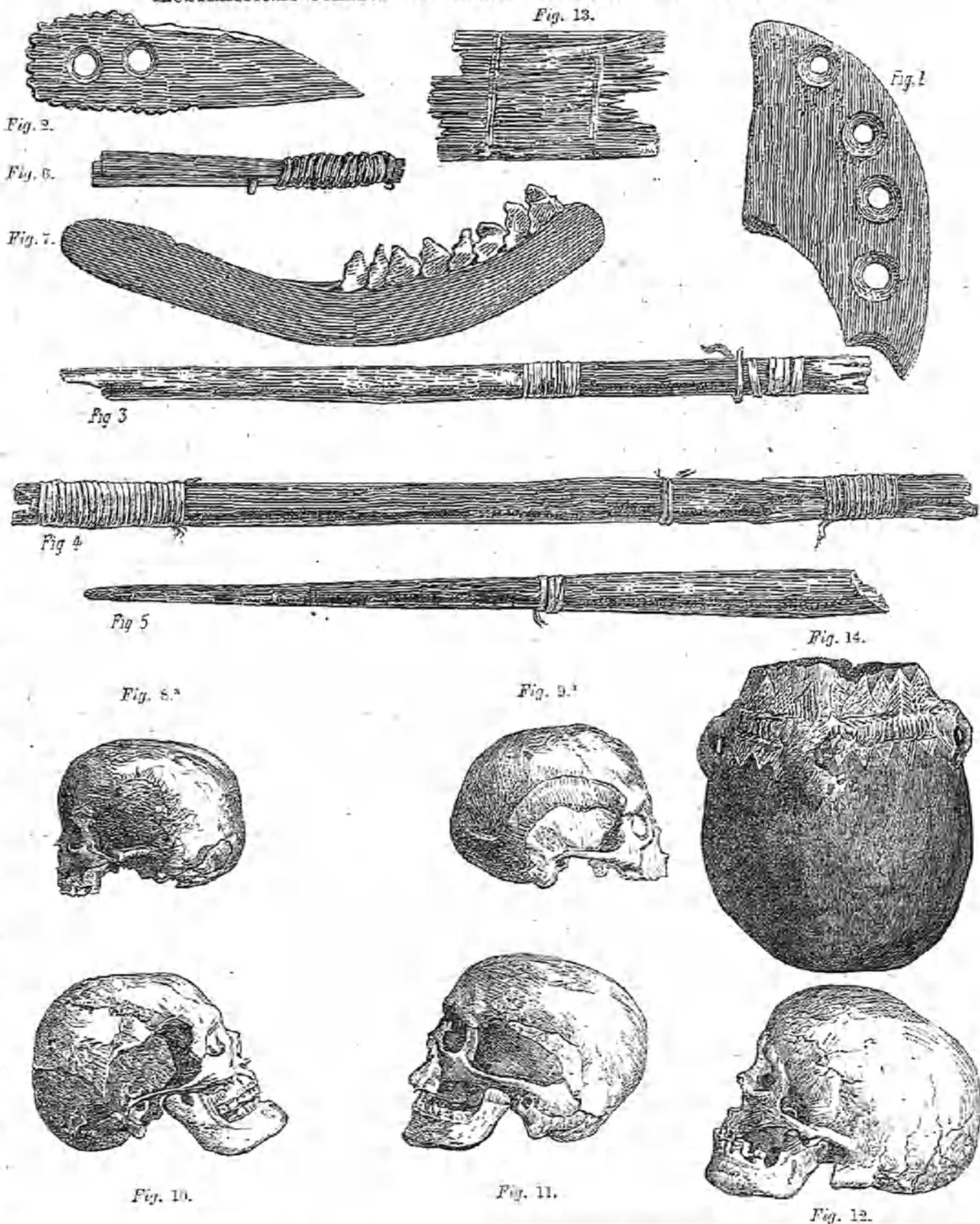
INTERRUPCION
DE LA LINEA FERREA DEL NORTE,
OCASIONADA POR LAS NIEVES.

El último temporal de nieves, general en casi toda España, ha dado ocasion á que las empresas de ferrocarriles desplieguen grande actividad para restablecer la circulacion interrumpida en diversas líneas, ensayando á este fin, entre otros medios, el uso de las máquinas quita-nieves, que han producido gran resultado.

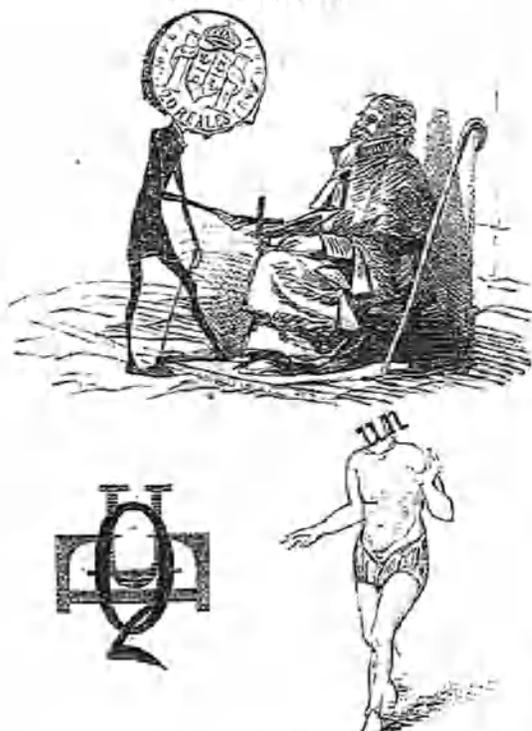
La inspeccion facultativa del Gobierno ha visto con satisfaccion, que así en Santander, Bilbao y Avila, como en otros muchos puntos, en algunos de los cuales llegaron á acumularse las nieves sobre la vía hasta doce varas de espesor los trabajos se han practicado con tal acierto y prontitud, que el servicio público ha sufrido interrupciones relativamente cortas, si se atiende á lo excepcional de los temporales.

Nuestro dibujo dará idea á los lectores de LA ILUSTRACION DE MADRID de estos trabajos, y del magnífico panorama que ofrecia el punto en que ocurrió una de estas interrupciones, situado entre Naval-grande y Avila.

ILUSTRACIONES CORRESPONDIENTES A LOS ESTUDIOS PREHISTÓRICOS.



JEROGLÍFICO.



(La solución es el número 1000.)
Solucion del anterior.
LA DEFENSA EMPEORA UNA MALA CAUSA.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

BASES DE LA PUBLICACION.

LA ILUSTRACION DE MADRID se publica los dias 12 y 27 de cada mes.
Cada número consta de 16 páginas, con grabados exclusivamente españoles, intercalados en el texto.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.	
Un mes.	8 céntes.
Tres meses.	22 "
Medio año.	39 "
Un año.	70 "
EN PROVINCIAS.	
Tres meses.	26 "
Seis meses.	51 "
Un año.	100 "
CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Medio año.	70 "
Un año.	140 "
AMÉRICA Y ASIA.	
Un año.	240 "
Cada número suelto en Madrid.	4 "

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID.—Océano, Plaza de Matute, núm. 51; Talaquerra de las Cuatro Calles, librerías de Escribano, Sanchez Rubio, Duran, San Martín, Gaspar y Roig y almacén de papel de Barrio, Corredor de Baja, núm. 39.
PROVINCIAS.—En las principales librerías.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

A los que se suscriban á LA ILUSTRACION y á EL IMPARCIAL, se les hará una rebaja importante con arreglo á la tarifa siguiente:

EN MADRID.	
Un mes, las dos publicaciones.	40 "
Tres meses.	108 "
Medio año.	177 "
Un año.	354 "
EN PROVINCIAS.	
Tres meses.	120 "
Medio año.	240 "
Un año.	480 "

CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.
Medio año. 180 "
Un año. 360 "
NOTA. No se servirá suscripcion alguna cuyo pago no se haya anticipado en metálico ó sellos de correos.